

REVISTA EUROPEA

NÚM. 295.

19 DE OCTUBRE DE 1879.

AÑO VI.

LA GIMNASIA

I

De todas las instituciones helénicas que despertó el Renacimiento durante los últimos siglos, la gimnástica es la que ha ocupado el más insignificante lugar entre las preocupaciones de los sabios y de los políticos. Aunque pronto empezó á ser objeto de eruditos trabajos, entre los que ha sobresalido el de Mercuriali Veronensis, *De arte gymnastica* (1668), es preciso llegar á fines del siglo último para encontrar algunas tentativas formales de restauracion. Por la pedagogia, bajo la influencia de Rousseau, de Peztaozzi, de Basedow y de Guthsmuths, entró modestamente en las vías de la práctica. En esto, el Renacimiento se ha mostrado infiel discípulo de la Grecia. El que no ha comprendido que la cultura griega tenía por fundamento la belleza de la forma, y que esta belleza no se obtiene humanamente sino por la incesante educacion corporal, no ha comprendido nada de la vida real de nuestros antepasados intelectuales. La gimnasia se apoderaba del joven griego en la adolescencia, y cualquiera que fuese la carrera que siguiese, no le abandonaba hasta la extrema vejez. Desde hace una centena de años, las cuestiones relativas á la educacion corporal han marchado con mucha lentitud. Y sin embargo, siempre se ha encontrado en algunos puntos del globo hombres de talento y de abnegacion, que á traves de la indiferencia pública consagraban su vida á propagar las ideas justas, eminentemente útiles, y á crear sistemas para adaptar á la civilizacion moderna la *cultura* corporal, cuyas oscuras tradiciones nos habia legado la Grecia.

No nos detendremos á trazar las fases por que ha pasado la cuestion. No haremos más que recordar que Jahn en Alemania (1810), Ling en Suecia (1812), Clias en Suiza, Amorós en España (1814) y en Francia (1816), se esforzaron, no sin algun fruto, en introducir en nuestras costumbres la gim-

nástica. Algunos años más tarde, M. Triat construia en Bruselas primero y despues en Paris el verdadero tipo del gimnasio moderno, mientras que los discípulos y los sucesores de Amorós, MM. d'Argy, Laisné, de Ferrandy Kockenpot, desarrollaban la gimnástica militar en Joinville-le-Pont y creaban una verdadera escuela de preparacion militar, á la que bastarian algunas reformas y agregaciones para alcanzar el primer rango. Bueno será, sin embargo, advertir que M. Triat es el único frances que haya realizado un método original que ha sido adoptado y modificado por MM. Paz, Soleirol, A. Dally y otros. La escuela de Joinville representa los desarrollos de los métodos de Clias y de Amorós, uno suizo y otro español, ambos discípulos de Peztaozzi.

En una excelente *Memoria al ministro*, publicada en 1866 por M. Hillairet, se encontrará una exposicion completa del estado de la enseñanza de la gimnasia en las diferentes naciones de Europa, y aquel trabajo sigue siendo exacto en la actualidad con algunos desarrollos.

Por consecuencia del trabajo de M. Hillairet, una circular de M. Duruy, de 7 de Marzo de 1869, arregló todas las cuestiones relativas á la enseñanza de la gimnasia en los establecimientos públicos de instruccion. Se publicaron programas redactados por la Comision central de gimnasia, y un decreto declaró que ésta formaba parte de la enseñanza de los liceos y colegios, que era obligatoria en las escuelas normales primarias, y que podia ser organizada en las escuelas primarias comunales. Las comisiones que se nombraron en los departamentos para expedir el certificado de aptitud en la enseñanza de la gimnasia, no funcionaron hasta 1872; desde entónces la de Paris ha expedido ciento noventa y cuatro certificados. En dicho año de 1872, la Asamblea nacional incluyó en el presupuesto una suma de 100.000 francos para secundar el desarrollo de la gimnasia en los establecimientos de instruccion pública.

Los progresos realizados son notables. De ochenta y dos liceos, setenta y ocho se han provisto de un gimnasio; y de doscien

tos cincuenta y cuatro colegios, setenta y cinco han hecho otro tanto. Algunas ciudades, especialmente Paris, tienen una organizacion gimnástica completa en el seno de las escuelas primarias. En toda la Francia existen más de cien sociedades libres de gimnasia, cuyo personal comprende cerca de cuatro mil gimnastas. Estas sociedades, confederadas bajo el nombre de *Union de las sociedades de gimnasia de Francia*, tienen su órgano especial notablemente redactado por M. Ducret, *El Gimnasta*. Un alsaciano, M. Ziegler, preside la *Union*, y gracias á su liberalidad, su abnegacion da grandes frutos. Debemos citar tambien á M. Sansboeuf, secretario de la *Union*. Como se ve, fuera de la accion del Gobierno, la gimnasia se introduce en nuestras costumbres por iniciativa privada.

II

Tal era la situacion cuando M. Georges, senador de los Vosgos, miembro de la Comision central de gimnasia, presentó al Senado el proyecto de ley siguiente:

«Artículo 1.º La enseñanza de la gimnasia es obligatoria en todos los establecimientos de instruccion pública de niños dependientes del Estado.

»Art. 2.º Esta enseñanza se dará en las condiciones y con arreglo á los programas designados por el ministro de Instruccion pública, segun la importancia de los establecimientos.

»Art. 3.º Al presupuesto se unirá una Memoria sobre los resultados de la verificacion hecha dos veces al ménos por año, por los cuidados del ministro de Instruccion pública, en todos los establecimientos donde se aplique la presente ley.

»Art. 4.º Se revoca la disposicion del artículo 23 de la ley de 15 de Marzo de 1850, concerniente á la gimnasia en los establecimientos públicos.

»Disposicion transitoria. La presente ley empezará á regir en el plazo de dos años.»

M. Barthelemy Saint-Hilaire, nombrado ponente de la Comision, desempeñó su encargo con el valor de un hombre que desde hace cincuenta años asiste á los progresos de la gimnasia y contribuye á ellos con la pluma y con la palabra. Su colega el doctor Testelin rectificó con toda la autoridad de un fisiólogo algunas aserciones aventuradas; formuló otras muy atrevidas bajo el punto

de vista antropológico, y la ley fué votada en el Senado, en primera lectura, por unanimidad. Ciertamente es que para los amantes de la regularidad y de la lentitud en la evolucion social, la gimnasia es una cuestion de higie-ne social; jamas ningun proyecto de ley reunió mejor que éste las garantías que se tiene derecho á exigir á una institucion obligatoria: tradiciones majestuosas, un extenso olvido que corresponde á los periodos nefastos de la historia, un sabio renacimiento, el acuerdo de las miras utilitarias y de la fisiología, la necesidad patriótica, el favor de la opinion pública, la constancia de su iniciativa y hasta el concurso de la administracion, hé aquí un conjunto de circunstancias que prueban que el proyecto del senador Georges se presentó oportuna y libremente.

Examinemos ahora si los medios de que Francia dispone están ó estarán con el tiempo á la altura de las obligaciones legales.

M. Hillairet, en la *Memoria* que hemos citado, define la gimnasia diciendo que es «la ciencia razonada de los movimientos del cuerpo». Le atribuye por objeto «el desarrollo-regular del cuerpo, el acrecentamiento y el equilibrio de todas las fuerzas del organismo». M. Barthelemy Saint-Hilaire dice, más sencillamente y acaso de un modo más comprensible, «que la gimnasia es la cultura general del cuerpo humano». Añade «que produce en él el efecto que la instruccion en la inteligencia y en los espíritus». Estas dos definiciones se completan abstracta y realmente.

Se trata de someter á la educacion, á la cultura, todas las funciones voluntarias, para alcanzar, por el efecto mismo de la cultura, el conjunto de la organizacion; y por el pronto, la respiracion, la primera y la más importante bajo todos conceptos de las funciones orgánicas. Es preciso demostrar que hay un arte para sacar de los pulmones mejor partido que el á que nos condena el hábito de la vida social: respiracion mal dirigida, incompleta, parcial, mal coordinada con la musculacion general, etc. Despues, con auxilio de los músculos, se trata de repartir proporcionalmente á su estructura, sobre todas las articulaciones, los movimientos, que por regla general no realizamos artificialmente sino con algunas de ellas; se trata de conocer y determinar las verdaderas actitudes para cada esfuerzo, y de utilizar mejor la serie de palancas con cuyo auxilio realizamos un movimiento.

Por último, y este fin es capital, se trata de acostumbrar á los músculos á provocar por parte del cerebro y de la médula una enervación tal que el trabajo muscular, útil en una hora dada de la vida, no sea una causa de abatimiento rápido de la fuente *cerebro-nervo-motriz*. Nosotros añadimos que si no se adquiere pronto la costumbre de las largas marchas, de la carrera, de los esfuerzos sostenidos, es muy raro que se resista á las fatigas prolongadas, tales como las que exige la guerra.

Es necesario preparar al público á la idea de que la excelencia corporal es un resultado, no de lo que se llama instinto sin haberlo definido jamás, sino de la educación. M. Barthelemy Saint-Hilaire va quizás un poco lejos cuando dice que se puede esperar de la cultura del cuerpo los mismos efectos que de la instrucción intelectual; las cosas no son comparables. Muchos hay que llegan á la perfección orgánica sin otra educación que la del centro en que la casualidad les ha colocado. Nadie puede llegar á la instrucción sin la posesión previa de los elementos de todo conocimiento, la lectura, la escritura, el cálculo, etc. Además, la diferencia que separa á un hombre completamente sin instrucción de un sabio, será siempre mucho mayor que la que separa á un hombre perfectamente desarrollado en sus formas exteriores, merced al uso de los ejercicios del cuerpo, de un hombre que jamás se haya sometido á ellos. Individualmente, la comparación es difícil; colectivamente, la opinión de M. Barthelemy Saint-Hilaire se aproxima á la verdad. En efecto, de una mala manera de respirar y de andar, de una actitud habitualmente viciosa, de una falta de habilidad para soportar la fatiga, y por consiguiente para combatir, salvar su vida y la de sus semejantes, resultan para la sociedad pérdidas que se traducen por la derrota, el consumo de la existencia hospitalaria, la disminución de la población y un déficit en la balanza nacional.

Nadie niega las ventajas de la educación corporal; la cuestión es saber cómo conviene entenderla, qué método se debe emplear, qué personal es preciso dirigir, cuáles son los recursos disponibles, y qué crédito, porque nada se hace sin dinero, se necesita aplicar á este ramo de la educación pública.

Los métodos, en primer lugar. ¿Qué se quiere hacer en las escuelas comunales, que comprenden los niños de siete á catorce años,

la inmensa mayoría de la población? En nuestro concepto, el problema es muy sencillo y de fácil solución. La respiración, la marcha, la carrera, el salto, los ejercicios de *orden*, que comprenden la escuela de pelotón, los alineamientos, las medias vueltas, cuanto da á los niños las ideas de orden, y cuyo conjunto bastaría en rigor para constituir una gimnasia elemental suficiente, en todo caso, hasta el décimo año.

El estudio metódico de la marcha y de la carrera exige por sí solo un gran número de lecciones cuyo coronamiento necesario es el paseo militar, asociado á las demostraciones botánicas, geológicas y topográficas que están al alcance del maestro de escuela.

Generalmente se entiende por gimnasia los ejercicios del circo, y nada ha perjudicado más á los desarrollos pedagógicos de los ejercicios corporales que esa pretendida necesidad de tener aparatos más ó menos interesantes, barras paralelas, trampolines, escalas, anillas, etc. Sin negar la utilidad de estos aparatos en tiempo oportuno, insistimos sobre el hecho de que la obligación de la gimnasia comunal no *exige* ningún gimnasio propiamente dicho. Sin embargo, nada sería más fácil, según se comprende, que colocar alrededor de los muros del patio escolar una vara de madera ó de hierro, fija ó móvil, á unos cuantos centímetros por encima de los brazos extendidos de los niños, de modo que les permita efectuar ciertas suspensiones y tracciones del cuerpo con auxilio de los brazos, á fin de que el miembro superior ejecute una parte de los movimientos que los miembros inferiores realizan necesariamente en los ejercicios libres, tales como la marcha y la carrera.

Todo consiste en las nociones preliminares, cuyo resto no es más que un desarrollo generalmente ingenioso, agradable y útil, algunas veces inútil, y muy rara vez peligroso. Los más expuestos ejercicios se efectúan en las sociedades de gimnasia, y nunca han dado lugar, que nosotros sepamos, á graves accidentes los saltos mortales, los volteos en el trapecio, los equilibrios, el acrobatismo en fin, llevado lejos, que condenamos, pero que, preciso es reconocerlo, se realizan al cabo de algunos meses en la Escuela militar de gimnasia de Joinville-le-Pont, sin que en un personal de 400 discípulos, oficiales y soldados, haya un solo accidente grave que consignar. En cambio, ¡cuántas heridas, caídas y contusiones, con frecuencia mortales, se registran

anualmente en las escuelas de equitación! La proscripción de los ejercicios peligrosos debe ser, sin embargo, absoluta, por más que ocurran muchos menos accidentes, aun ligeros, en los gimnasios que en los simples recreos escolares.

Pero ya nos hemos descartado de la gimnasia comunal, en la que entra la de los niños de los liceos y colegios, menores de trece años. Hemos insistido sobre el método respiratorio: todo gravita, en materia de movimientos combinados, alrededor de la respiración. Es necesario inspirar por la nariz, espirar por la boca, y saber acomodar este doble movimiento al ejercicio que se ejecuta. En cuanto á la marcha, la posición regular del pié es de la mayor importancia; pisar de punta ó de talón, torcer el pié hacia dentro ó hacia fuera, guardar bien el equilibrio del cuerpo sobre el sosten, todo esto debe aprenderse desde la infancia. Respecto á la actitud del cuerpo, lo que se debe aprender á evitar, para que en los ejercicios ulteriores no se cree una costumbre defectuosa, son las inclinaciones de la cabeza, el encogimiento de los hombros ó curvatura de la espalda, el sacar el vientre, etc.

Los que vieron llegar á Paris, en 1870, á los ochenta mil guardias móviles completamente desprovistos de toda educación física, son los que mejor pueden formarse una idea del estado de inferioridad en que se encuentra Francia todavía relativamente á otras naciones.

No hay para qué insistir aquí respecto al detalle de los programas y de los métodos.

Tampoco insistiremos sobre el punto de vista médico. Se ha dicho con razón, hace algunos años, que los buenos efectos de la gimnasia se apreciaban más bien por el sentimiento que por la ciencia. La crítica sería hoy menos verdadera; gracias á pacientes observadores, entre los cuales debemos citar á MM. Burcq y Chassagne, sabemos con cierta precisión que, sin dar á un niño lo que no tiene en germen, una elevada talla, por ejemplo, la gimnasia le dará cuanto legítimamente pueda tener: un desarrollo integral de su naturaleza, una circunferencia torácica respetable, una circulación regular, una amplia y fácil respiración, músculos enérgicos; con esto se prepara un soldado. Además es preciso notar que los vicios solitarios se presentan menos en los niños dedicados á los ejercicios corporales, y casi todos los profesores han observado —M. Hillairet

y M. Laigné lo refieren—que los primeros en gimnasia eran con mucha frecuencia los primeros en clase.

III

Ahora vamos á ocuparnos de los medios administrativos. M. Barthelemy Saint-Hilaire ha comprobado que de cuarenta mil escolares, no hay más que siete mil que reciban en diversos grados los beneficios de la gimnasia. ¿Por quién ha de enseñarse la gimnasia en las escuelas comunales? Por el instituidor, sin duda alguna. ¿De dónde tomaría las reglas de tan difícil enseñanza que dejamos apuntadas? De la escuela normal primaria. ¿Y quién en dicha escuela sabrá lo bastante para dar una enseñanza teórica y práctica suficiente? El personal es lo que falta, porque contamos por muy poco á los ciento noventa y cuatro maestros de las escuelas normales de los departamentos de Sena y Sena-y-Oise. El número es evidentemente muy reducido, y en cuanto á la aptitud, habría mucho que decir.

Dos soluciones se presentan: una consistiría en confiar esta enseñanza á los médicos asistidos de sus gimnastas; la otra la de que todos los hombres competentes reclaman desde hace muchos la creación de una escuela normal y nacional de gimnasia, de la que se sacase cada año cierto número de profesores para las escuelas normales primarias, y que harían estudios suficientes para que «la ciencia razonada de los movimientos del cuerpo» llegue á ser racional y fecunda. Esa escuela serviría además para formar los profesores de la enseñanza libre y los de los gimnastas municipales que se trata de crear. En cuanto á hacer enseñar las teorías fisiológicas é higiénicas de los ejercicios por los médicos, sería preciso por el pronto que éstos hubiesen estudiado seriamente el asunto, y que ellos mismos hubiesen practicado la gimnasia; una escuela de gimnasia agregada á la escuela de medicina, sería el primer paso que debiera darse para desvanecer la ignorancia en que se encuentran los estudiantes, con pocas excepciones, respecto á esta rama tan útil de la higiene.

Hay, pues, que crear una escuela normal si se quiere formalmente cumplir la ley senatorial; y nosotros nos permitimos recomendar vivamente á los médicos que forman parte de la cámara de los diputados, que añadan al proyecto de M. Georges una disposi-

cion por la que se invitara al ministro de Instruccion pública á proponer dicha fundacion.

Sin esta medida complementaria, la ley sería irrisoria, áun retardando su aplicacion dos años, ó diez si se quiere. La gimnasia no es una cosa indiferente que cualquiera puede aplicar con eficacia. Se necesita un personal seriamente instruido, y es preciso que el ejemplo parta de arriba, es decir, que los alumnos de la escuela normal superior se pongan al corriente en esta parte de la pedagogia. Fundando una escuela normal de gimnasia en la que se enseñasen la anatomía y la fisiología de los movimientos, la historia de la gimnasia y su utilidad social, al mismo tiempo que la práctica y la teoría de los ejercicios, no se haria más que seguir el movimiento dado en Europa, donde Suecia, Prusia, Italia, Suiza, Bélgica y muchos Estados de Alemania poseen la instalacion que reclamamos. El gasto no sería grande: veinte ó treinta mil francos anuales tal vez; los resultados podrian ser considerables: un conservatorio de la salud humana vale ciertamente algo más, bajo el punto de vista utilitario, que el de «declamacion» que cuesta anualmente al Estado medio millon de francos.

En resúmen, el gran arte de la cultura corporal acaba de dar un paso, gracias á la afortunada iniciativa de M. Georges; pero no hay que exagerar su importancia. Si la gimnasia fuese realmente obligatoria en un plazo de dos años, este resultado acaso sería desastroso para la causa; porque faltando el personal conveniente y necesario, á la altura de su mision, no se evitaria ninguno de los escollos de la gimnasia: la molestia y la inutilidad.

E. DALLY.

LEYES NATURALES ECONÓMICAS

DE

LA PROSPERIDAD Y DE LA JUSTICIA

HECHOS CONFORMES Á LAS LEYES NATURALES DE LA PROSPERIDAD.

(Continuacion)

1. J. B. Say, en el capítulo 5.º de la tercera parte de su curso completo de economía política, pone la cuestion siguiente: Componiéndose la riqueza del valor de las cosas que se poseen, ¿cómo sucede que una nacion sea tanto más rica cuanto las cosas se hallen á más bajo precio?

Parece que J. B. Say no ha satisfecho de una manera satisfactoria á esa pregunta, puesto que hasta ahora no se la considera resuelta científicamente: el hecho es que no la ha contestado de una manera clara y precisa. Sin embargo, el sentido de su respuesta ha sido aceptado por todos los economistas; por consiguiente, no falta sino la forma. ¡Cosa extraña! J. B. Say es, á nuestro juicio, uno de los espíritus más profundos, más concienzudos, más juiciosos y más metódicos que se hayan ocupado de economía política; y si él no ha podido hallar en su ciencia, que era vastísima, en su experiencia personal, enriquecida por un concurso raro de acontecimientos, y en su arte de escribir, tan completo como es posible, expresiones para poner en claro su pensamiento, ante sí mismo y ante todos, creemos verosímil que, á su pesar, haya consistido en que su pensamiento se hallaba contrariado por graves contradicciones relativamente al objeto mismo de su demostracion, es decir, relativamente á la riqueza y al valor.

Observaremos con este motivo que para este eminente economista, valor y precio no son sino una sola y misma cosa, como aparece evidentemente de su pregunta; y aún se podria inferir de ella que consideraba el valor y el precio como expresiones de la medida de la riqueza. En realidad razona casi siempre como si los considerase de ese modo; pero desgraciadamente razona tambien en sentido contrario, puesto que afirma explícitamente que el valor se mide. Y de ahí, creemos, la oscuridad de su respuesta á la cuestion que él mismo habia propuesto. De cualquiera manera que eso haya pasado, tomaremos por tema esa misma pregunta, á fin de estudiar los hechos económicos que se cumplen en la economía social conforme á las leyes naturales de la prosperidad.

Esta cuestion se resuelve por sí misma, por decirlo así, cuando, como lo hacemos nosotros, se considera la riqueza como el objeto de la medida económica, y el valor y el precio como expresion de su medida. Bajo nuestro punto de vista, en efecto, se reduce á ese problema tan sencillo, que se proponen y resuelven continuamente los industriales y los comerciantes de todos los países, concebido segun sigue: disminuir los gastos ó las ganancias sobre cada artículo de la produccion ó de la venta, y aumentar la produccion ó la venta de tal suerte que la suma total de ganancias sea mayor. Disminuir los

gastos ó la ganancia es disminuir el valor de los productos, y aumentar la suma de ganancias es aumentar la riqueza del productor ó del comerciante; esto no ofrece sombra de duda, como no la tiene el que este problema sea resuelto constantemente por todos en la industria y en el comercio. Pues bien: que suceda lo mismo para la sociedad tomada en masa, y la cuestion se habrá resuelto de la manera más satisfactoria; pero ¿pueden pasar las cosas de igual modo en la sociedad? O dicho de otro modo, la riqueza que los individuos adquieren por medio de ese procedimiento, ¿es extraída de la fortuna de sus concurrentes, de tal suerte que, como se dice vulgarmente, la ganancia de los unos se traduzca en pérdida de los otros? Procuremos examinarlo.

En primer lugar, el aumento de riqueza, cumplido por el procedimiento indicado, se produce para las industrias y para los industriales, lo cual no podría tener lugar si la ganancia de los unos se verificara por la pérdida de los otros. Se produce evidentemente para la industria de transportes, tan próspera en nuestros días; para la algodonera, tan vasta y tan fecunda; para la imprenta y otras muchas. Todo el mundo sabe que, respecto á esas tres industrias por lo ménos, los productos y los servicios se han multiplicado á medida que el valor ha bajado, pero en una proporción mucho mayor; de suerte que la riqueza que de ello procede aumenta constantemente, y ese resultado jamás se hubiera conseguido, repetiríamos, si cada uno de los que concurren á producirlo no lo hubiera logrado para sí mismo, sino á expensas de sus concurrentes, puesto que si así no fuera, no se experimentaría aumento de riqueza en cada industria. No siendo obtenido ese resultado á expensas de los industriales ni de los comerciantes que concurren á producirlo, bien que algunos pueden sufrir, aunque pocos, ni de los consumidores, puesto que siempre en estos casos van ganando, es claro que aprovecha á la sociedad, que aumenta su riqueza. Y si añadimos que se puede obtener y se obtiene generalmente en todas las industrias á la vez, se comprenderá fácilmente cómo la sociedad se enriquece tanto más, cuanto se extiende á mayor número de industrias é individuos, y cuanto su condición esencial (la baja del valor) sea mayor.

Sin embargo, cualquiera que sea el alcance lógico de los razonamientos anteriores, no prueba sino la realidad de un hecho que na-

die podría negar, y eso no es lo suficiente. Veamos cómo se ha cumplido ese hecho, y cómo debería cumplirse si no se hubiera cumplido; en otros términos, mostremos cuál es la ley á que odedece.

2. Toda baja de valor cumplida, cuando no tiene nada de forzada, y que es el resultado de la perfección del trabajo (que es á la que nos vamos refiriendo), se traduce, como acabamos de verlo, en aumento de ganancias para el productor, y en disminución de gastos para el consumidor; se traduce, por consiguiente, en aumento de recursos para el consumo, tanto para el productor como para el consumidor del producto cuyo valor haya bajado; se traduce, por lo mismo, también en aumento de producción, porque ese aumento de recursos acrece las demandas y una producción correspondiente, sea sólo del producto en baja, sea de otros, sea, en fin, y esto es lo más general, de uno y otros á la vez. Sin embargo, si este aumento de producción no hiciera sino compensar en valor la baja que la causa, la riqueza pública no habría progresado; pero hace más.

Para probar esta última afirmación, pongamos un ejemplo: supongamos un agricultor, un productor de trigo que, por medio de gastos bien entendidos, mejora su cultivo, de manera que produzca más y á ménos costo, aún bajando el valor de su trigo por unidad, según el cuadro siguiente:

	PRODUCCION			
	ANTIGUA		NUEVA	
	1 hect.	1000 hec.	1 hect.	1200 hec.
Gastos de producción.....	18 fs	18.000	16	19.200
Ganancias.....	2	2.000	1,90	2.228
Valores.....	20	20.000	17,90	21.480 (1)

(1) Ya hemos puesto al lector en guardia contra la confusión que podría suscitar en su pensamiento de esas dos ideas, que la riqueza se expresa en valor, y que aumenta cuando el valor baja. Este cuadro no puede dejar duda á ese respecto. Muestra que el valor del trigo se refiere al hectolitro, y que la riqueza en trigo se refiere á la suma de hectolitros producidos, cuya suma, sin embargo, se expresa en valor. En una palabra, el valor de cada hectolitro disminuye en cierta proporción, y el número de hectolitros aumenta en proporción mayor.

Tal es la operacion que hacen en todas partes los industriales y los comerciantes, en la cual se hallan todas las condiciones puestas por Say, á saber: baja del valor y aumento de la riqueza, así para el agricultor como para la sociedad; á lo cual añadiremos nosotros una consideracion de importancia muy considerable, esto es, que el bienestar, representado por la cantidad de trigo producido, aumenta tres veces más que la riqueza representada por el valor, puesto que el aumento de trigo en hectolitros es de 20 por 100, al paso que el de la riqueza en valores no pasa de 7,50 por 100. Sabido es que semejantes operaciones se hacen todos los dias en agricultura, lo cual prueba, apesar de cuanto haya dicho Ricardó, que los productos agrícolas, tomados en masa, no aumentan de valor con el acrecentamiento de la poblacion. Este resultado sería aún más patente si, desde que la agricultura progresa sensiblemente, no hubiera bajado de valor la moneda con más rapidez que el de los productos agrícolas. Se puede objetar que un agricultor que procede así no baja necesariamente el precio de su trigo: sin duda que no; pero cuando la generalidad de los agricultores operen como él, es de necesidad que baje el trigo; en otro caso no venderian todo lo que produjeran, y cierto que se abstendrian de producir mucho si ganaran más produciendo menos; pero hay que contar con la concurrencia, dispuesta siempre á impedir el desarreglo de los intereses privados de la produccion, y nadie ignora que, aún bajando el precio de las mercancías (en las condiciones á que nos vamos refiriendo), cuanto más se produce, más se gana.

La operacion cuyo cuadro acabamos de presentar supone, por una parte, el consumo de 200 hectolitros de trigo más que de ordinario, y por otra 1.480 fs. de aumento en los medios de adquirirlos. La sociedad se prestará fácilmente á consumir ese exceso de trigo, puesto que es para ella un aumento de bienestar, y que no todos sus miembros consumen lo necesario; pero para que se preste á gastar 1.480 fs. más, es preciso que sus recursos hayan aumentado tambien. Reflexionemos sobre esto.

Esos 1.480 fs. se descomponen en 1.200 de más gastos para la produccion nueva, mayor que la anterior, como manifiesta el cuadro, y en 280 de nueva ganancia para el productor. La primera de esas dos cantidades corresponde á un trabajo que no exis-

tia; por consiguiente, se traduce en nuevos recursos para los trabajadores; la segunda, por su parte, constituye aumento de recursos tambien para el agricultor, que demandará necesariamente un nuevo trabajo, cualquiera que sea, y ocasionará á su vez nuevos recursos. Esta última consecuencia, como lo hemos dicho ya, tiene lugar, aún cuando nuestro agricultor economice sus 280 francos, puesto que lo que él economice ha de ser necesariamente, como tambien hemos hecho ver ya, consumido por otros. Si pues, para los trabajadores, á quienes corresponde la primera cantidad, y para los que haga trabajar el agricultor ó cualquiera otro en su lugar, por medio de la segunda, fuera todo beneficio neto, y quisieran emplearlo unos y otros en el consumo de los 1.480 fs. de trigo, cuya colocacion buscamos, la cuestion quedaria resuelta, puesto que esas sumas que reciben no son otra cosa que el valor de ese trigo. Pero esas cantidades no constituyen un beneficio neto para ellos, ya que su nuevo trabajo supone consumos diferentes que no consisten en trigo; sin embargo, ésa no es una dificultad invencible; en efecto, los consumos que implica ese nuevo trabajo suponen una nueva produccion; por consiguiente, nuevos recursos, y propagándose el fenómeno indefinidamente, es imposible que en la masa de trabajadores á quienes favorece no se encuentren consumidores para nuestros 1.480 fs. de trigo, dando lugar cada transmision de trabajo á nuevos recursos. Este resultado es tanto más fácil de comprender, cuanto que paralelamente á este fenómeno de propagacion del trabajo y de los recursos, se cumple otro semejante, que resulta de los recursos que deja disponibles la baja del valor del trigo en todos los consumidores que no los emplean en aumentar su consumo de trigo. En resumen, el fenómeno del aumento de riqueza se explica por un aumento de trabajo y de produccion, que se hace percibir casi por todas partes, puesto que parte tambien de casi todos, lo cual es tanto más de desear, cuanto favorece más particularmente á los asalariados, ya que favorece el trabajo.

Otra objecion: el aumento de la produccion agrícola depende de otro relativo en la produccion manufacturera ó mercantil, como éste de aquél, y ambos deben cumplirse simultáneamente ó poco menos. ¿No parece que giramos en un círculo vicioso? El crédito bastaria para explicar esos dos aumentos si-

multáneos ó recíprocos, porque nuestro agricultor podría pedir á crédito los 1.480 fs. en mercancías cualesquiera, que su nueva producción le permitiría consumir; y de este modo, los dos aumentos de la producción aparecerían simultáneos; pero sin el crédito, por lo ménos sin el crédito ordinario, los adelantos corrientes, que los emprendedores hacen á la producción, los explicarían satisfactoriamente. En efecto, en toda sociedad que progresa, cada productor se esfuerza en producir más, y generalmente lo consigue; y verificándose eso en todas las industrias que progresan, en todas aquellas donde se propagan los fenómenos de aumento de riqueza, de los cuales hemos presentado un ejemplo, la simultaneidad de los aumentos de la producción, necesarios los unos á los otros, para que el aumento de la riqueza pública sea un hecho, se cumple por sí misma, sin demandas previas de los consumidores, y sin hacer uso del crédito, á no ser que se quiera dar ese nombre á lo que de ordinario se llama así, esto es, á los adelantos que hacen los emprendedores.

Aun cuando nuestro productor de trigo, produciendo á ménos costo, no obtuviera mayor cantidad de trigo, no por eso dejaría de aumentar la riqueza pública, puesto que el aumento de los recursos, debido á la baja del trigo, entre sus consumidores, ha de ser seguido necesariamente de un aumento de otras demandas; y por consiguiente, de un aumento de producción, cuyo valor excedería en mucho el de la baja del trigo, porque daría lugar á reciprocidades, que muy bien podrían no producirse al iniciarse el fenómeno.

Los adelantos que los productores hacen á la producción, provienen realmente de las demandas que resultan del aumento de la riqueza pública. Este hecho nos parece eminentemente curioso; pero no siempre se cumple sin riesgo. En efecto, esos adelantos pueden ser excesivos, y entonces hay también exceso de producción y crisis. Jamás serían excesivos los adelantos, si proporcionalmente tienen lugar en la generalidad de la producción; pero es muy difícil siempre, y absolutamente imposible, cuando acontecimientos inesperados vienen á desconcertar las previsiones del productor, como sucede muchas veces en la agricultura, en cuyos casos resulta que produce demasiado ó demasiado poco (1); de suerte que la economía de la so-

ciudad es, en tales casos, profundamente perturbada. Con este motivo nos parece deber observar que nadie se halla en tan buenas condiciones como el productor para prever los acontecimientos que pueden desconcertar sus previsiones, ó para atenuar sus efectos, cuando no haya podido preverlos: toda intervención de la autoridad para imponerle resoluciones en previsión ó en presencia de semejantes acontecimientos, no puede dejar de paralizar sus medios, aumentando un mal arbitrario al inevitable que resulta siempre de la ruptura del equilibrio ordinario entre la oferta y la demanda. La consideración de que el productor procede en todo caso en armonía con su interés individual, no debe extraviar á nadie; el consumidor procede de igual modo, y la concurrencia universal acude en todo caso para corregir los excesos del interés privado.

La segunda parte de la cuestión de Say, decía: el aumento de la riqueza pública, será tanto mayor, cuanto mayor sea la baja del valor de los productos; la resolución de esta parte se ve con claridad, y en el sentido afirmativo que le da el autor, en el fenómeno de la propagación del trabajo, resultado de los recursos que deja disponibles á los consumidores la baja del trigo. Estos, siendo más crecidos cuanto mayor es la baja, demandan más producción á su vez, y por consiguiente la riqueza pública que resulte será de mayor importancia. No olvidemos, por último, que este fenómeno va siempre acompañado de un aumento de bienestar general, mayor proporcionalmente que el de riqueza, y tanto mayor á su vez, cuanto la baja es más grande; pero advertiremos también que á esa doble consecuencia van unidas algunas consideraciones que no debemos despreciar.

3. En nuestras sociedades industriales (que son las que tenemos en mira), la riqueza pública puede aumentar sin que bajen los valores; pero en semejante caso, aumenta con dificultad, sin ventaja sensible, y á veces con desventaja, es decir, con disminución del bienestar social, y su aumento, dado que le haya, no puede pasar de límite preciso y hasta corto. Aumenta: 1.º Cuando los produc-

cepcional se gane en agricultura ménos que en otros de escasez, y aún que algunos agricultores pierdan. Cuando este último sucede, á causa de la abundancia, se puede decir que la agricultura ha producido demasiado, puesto que la producción debe satisfacer á la vez á los productores y á los consumidores.

(1) Suele suceder que en los años de abundancia ex-

tores producen más cada uno, pero no más barato. En este caso la riqueza mayor va acompañada de mayor bienestar, si tal se quiere, bien que adquirida con mayor pena y trabajo; es muy favorable á las sociedades nuevas, como lo fué á las primitivas, que trabajan ó trabajaban poco, sin perfeccionar el trabajo; sólo así han podido progresar ó progresan; pero en las sociedades industriales, donde vemos productores que emplean mal su tiempo y sus fuerzas, y vemos otros recargados de trabajo, no se puede esperar por ese medio un gran progreso; además, éste habría de detenerse forzosamente en el límite que le marcaran el tiempo y las fuerzas de los productores. 2.º Cuando sin producir más ni menos cada uno, se aumenta el número de trabajadores; en este caso, el aumento de riqueza puede ir ó no acompañado de mejor estar, según que el aumento de productores proceda de una conversión de ociosos en trabajadores, ó de acrecimiento de la población; si fuere por esto último, la parte de cada uno vendría á ser la misma que ántes, y el bienestar en nada habría aumentado; si fuere por lo primero, el bienestar habría aumentado en proporción á los conversos; pero este aumento tropezaría más ó menos pronto con el mismo límite del caso anterior. 3.º Cuando produciendo menos cada uno, se aumentaren los productores en términos que la producción total sea mayor, como sucede, por ejemplo, cuando diez productores que producen 100 son reemplazados por 12 que producen 108: en este caso el aumento de riqueza se traduce en peor estar, y cierto que no tiene grandes ventajas.

Vemos, pues, que las sociedades industriales no pueden esperar progresos verdaderos, continuos, indefinidos de riqueza pública y de bienestar general, sino en la baja de valores, á medio de la baja de los gastos de producción, es decir, por medio de la perfección de los modos de producción; de ahí proceden casi todos los progresos de estos últimos tiempos. Este procedimiento, sin embargo, implica una condición, que merece atención detenida.

Hemos demostrado que nuestro agricultor no aumentaba la riqueza pública y el bienestar general sino cuando encontraba consumidores en posición de comprarle los 1.480 fs. que poseía en trigo, lo cual constituía el aumento, esto es, en tanto que los recursos destinados al consumo del trigo no hubieren aumentado 1.480 fs., cuyo aumen-

to de recursos había de proceder necesariamente de otras producciones que no fueran trigo, lo cual duplicaría realmente el aumento de la riqueza pública y del bienestar general; pero si este último aumento no pudiera verificarse sin que los productores que lo constituyeran aumentasen de valor, el efecto de la baja del trigo quedaría neutralizado en parte ó en totalidad, y hasta podría ser desventajoso. En efecto, ese aumento de valor produciría una disminución de recursos del consumo, seguida de otra de demandas y de producción, y la riqueza pública y el bienestar general, no sólo no aumentarían, sino que hasta podrían bajar; así que es condición esencial para que se verifiquen esos progresos, á medio de la baja de los gastos de producción y del valor de un producto, que la producción nueva que esa baja implica no sea causa de un alza de los gastos de producción y del valor de uno ú otros muchos productos. Esta proposición no es más que truísmo, como diría Bastiat, pero creemos deber consignarla.

La consecuencia que se deduce de cuanto acabamos de decir es que las industrias que no pueden aumentar su producción sin aumentar el valor de sus productos, se prestan mal, ó no se prestan, al progreso de la riqueza pública y del bienestar general. La manufacturera y el comercio, que producen generalmente mejor y más barato cuanto más producen, son eminentemente favorables al progreso de la riqueza pública y del bienestar general. Cualquiera progreso que les pida producción mayor, da ocasión á otro, á causa de la baja del valor que los permite hacer.

La agricultura no es tan favorable al desarrollo de la riqueza, porque no puede siempre producir más inmediatamente sin aumentar sus gastos de producción y el valor de sus productos; sin embargo, también favorece ese desarrollo, ya que en otro caso no progresaría, é impediría hasta cierto punto que progresaran las demás industrias, cuyos productos consume en gran parte. Eso explica el por qué todo progreso de la agricultura es inmediatamente seguido de otro correspondiente en los demás productos, el cual, por las razones que acabamos de exponer, pide otro nuevo á la agricultura. Pero, desgraciadamente, no siempre sucede lo mismo: cuando la iniciativa del progreso nace en las otras industrias, dado que la agricultura no puede aumentar siempre

su producción sin aumentar el valor de sus productos, resulta que el comercio y la manufactura tienen que contener su desarrollo, por la lentitud de la agricultura en verificar el suyo correspondiente. Sin embargo, lo debemos repetir, la agricultura progresa, y por consiguiente el valor de sus productos en general baja. No todos, es verdad, puesto que algunos alzan; pero en su conjunto bajan necesariamente, porque á no ser así, el progreso de la riqueza pública y el del bienestar general sería poco ménos que imposible en las sociedades industriales.

No puede, pues, admitirse, siguiendo á Ricardó, que en nuestros tiempos aumente el valor de los productos agrícolas en proporción al crecimiento de la población. Si así fuera, la miseria aumentaría también, y tal estado de cosas no podría continuar por mucho tiempo. El valor de algunos productos, como los animales y su alimento, ha podido ir á más, porque el trabajo y el capital empleado hoy en producirlos es mayor que anteriormente; pero no sucede lo mismo en los demás productos, particularmente en el trigo, que es el más preciso y el de infinitamente mayor importancia; y es preciso admitir también que, en su conjunto, la agricultura ha disminuido sensiblemente sus gastos de producción; á no ser por eso, lo repetiríamos cien veces, la riqueza no habría podido aumentar en la proporción que ha aumentado; iría por el contrario á ménos, y la población habría seguido la misma marcha. Lo que ha contribuido á que algunos se forjaran ilusiones á este respecto es: 1.º que los metales preciosos de que se compone la moneda han bajado de valor con más intensidad que los productos agrícolas, de lo cual resulta el alza aparente de estos productos; 2.º que la mayor parte de los que salen de la industria manufacturera, han bajado de valor aún con más rapidez que los metales preciosos y la moneda; de suerte que, para éstos, la realidad y la apariencia, salvo las proporciones, se hallan de acuerdo, y esto ha podido dar lugar á que se creyera que debía suceder lo mismo en toda clase de productos sin excepción; 3.º que la tierra ha aumentado progresivamente de valor, á medida que se le han unido más capitales y se la ha hecho más fértil. Pero lo que prueba suficientemente que el conjunto de la producción agrícola ha bajado de valor, es que todas las mejoras intentadas en agricultura (de parte del agricultor), tienen por objeto disminuir

los gastos de producción y producir más, y que generalmente lo consigue, pues en otro caso no las haría; y lo positivo es que se hacen más y más cada día.

No por eso afirmaremos que todos los productos agrícolas han bajado constantemente de valor desde que comenzó su cultivo; es evidente que algunos de los más antiguos, y entre éstos el trigo, tienen un período durante el cual su cultivo es ménos costoso que más tarde; de otro modo no podría explicarse por qué el trigo, por ejemplo, vale hoy ménos en Rusia que en Francia ó Inglaterra; pero ese período tiene un término, después del cual los perfeccionamientos prevalecen sobre el aumento de trabajo que exige la agricultura, y entonces disminuye el valor de sus productos. En los países adelantados, en agricultura sobre todo, la producción del trigo ha llegado ya á traspasar ese término, creemos; la de los animales y sus forrajes quizás no ha llegado aún; pero es de creer que no tarde en llegar, y entonces sus valores bajarán como los otros.

No todos los productos agrícolas han pasado por períodos semejantes, puesto que los hay que no han aparecido hasta que la agricultura se ha encontrado adelantada. Por otra parte, el valor de los productos que nos ocupan no depende siempre directamente de los gastos de producción correspondiente á cada uno de ellos, sino de un cierto arreglo en el cultivo, que hace al agricultor especular sobre el conjunto de su producción, más bien que sobre cada artículo en particular, y aún podríamos decir que para cierta clase de agricultores por lo ménos, su especulación comprende, ó la regula, sobre algunos años á la vez en los cultivos de rotación. De semejante modo, todos los productos de una misma empresa son solidarios; y en cierta medida sucede eso mismo con todos los productos de algunas demarcaciones ó comarcas de todo un país, y hasta de muchos países, si se hallan unidos por la libertad mercantil.

Se nos podría preguntar, en tal concepto: ¿cómo pueden progresar los pueblos que, respecto á sus principales productos alimenticios, se hallan en el período en que su producción cuesta más y más, siendo así que nuestras sociedades más avanzadas apenas lo pueden conseguir sino con una baja continua de valores? Esos pueblos, ya lo hemos dicho, sólo pueden progresar trabajando más, hasta que lleguen al término que deja-

mos indicado. En ellos, en efecto, la tierra no está aún bastante cultivada; y además, el tiempo y las fuerzas que cada uno podría consagrar á la producción, son mal dirigidas ó empleadas; el trabajo puede, pues, añadir mucho á su prosperidad, aumentando, sin embargo, el valor de sus productos. Hé ahí por qué los trabajadores activos é inteligentes son bien retribuidos en esos países; hé ahí por qué emigran tantos al nuevo mundo. Sólo así podemos explicar los progresos, en esos casos excepcionales, en que aumentan los valores, cuyos progresos han de ser por necesidad muy lentos y limitados, mientras no llegue la cultura al término en que predominen los perfeccionamientos sobre el trabajo, para que descendan los valores, y se cumpla entonces esa ley natural de la prosperidad pública y del mejor estar general.

4. Si el progreso de la riqueza pública y del bienestar general depende esencialmente de la baja de valores en las sociedades industriales ó adelantadas, ¿qué debemos pensar del sistema protector que se propone elevarlos en lo posible? Que contradice abiertamente las leyes naturales de la prosperidad; y como también contradice las de la justicia, constituyendo privilegios y la desigualdad entre los productores ante la ley, debemos pensar que es soberanamente temerario é insensato. Felizmente, siempre ha sido impracticable en todo su rigor; de otro modo, hubiera conducido á su ruina, con tanta seguridad como puede hacerlo la guerra á todas las sociedades que le han adoptado; ha causado grandes males en todos tiempos, aún desde su principio, dígame cuanto se quiera en contrario; y atribuirle el vuelo que las industrias han tomado desde hace algunos siglos, equivale á atribuir á una enfermedad la conservación y el desarrollo del enfermo á quien no ha hecho sucumbir. Decimos que ha sido impracticable en todo su rigor, puesto que, entre otros ejemplos bien conocidos, tenemos que el comercio de los metales preciosos, que ha sido muchas veces prohibido, y algunas bajo pena la vida, se ha hecho siempre; tenemos que en ningunas circunstancias ha podido comprender todas las industrias, porque ningún privilegio puede extenderse á todas; tenemos también, en fin, lo cual es igualmente bien conocido, que sus más fogosos partidarios en la industria y el comercio le han sido siempre infieles en la práctica de sus negocios particu-

res. Sólo su impotencia le ha permitido durar. Por extraviada que sea, ó se suponga, una sociedad, jamás persiste en un sistema que la destruya ó arruine, á menos que sea ese sistema religioso.

M. Du Mesnil Marigny pretende que la libertad de comercio aumenta siempre la riqueza de bienestar, pero que algunas veces disminuye la de valor, al paso que la protección puede aumentar en ciertos casos la de valor. Es ya sabido por demás que no hay dos especies de riqueza; y acabamos de ver que el aumento de ella, cuando procede de la baja de valor, va acompañado de otro aumento de bienestar proporcionalmente mayor, y no tenemos ninguna razón para creer que no haya sucedido y suceda eso siempre. Todo aumento de valor que proceda de aumento en los gastos de producción, ha de producir los efectos contrarios, es decir, ha de disminuir la riqueza y el bienestar, y más el bienestar que la riqueza. Para convencerse de ello basta hacer la operación inversa de nuestro agricultor, produciendo á 20 reales el hectolitro de trigo en lugar de 17,90; entonces se verá, en efecto, disminuir el consumo y la producción del trigo, y enseguida el consumo y la producción de otras muchas cosas, porque habrán disminuido los recursos del consumo general, á consecuencia del alza del trigo. Este fenómeno es más patente, si cabe, en tiempos de escasez. Si M. Du Mesnil Marigny tuviera razón, la escasez de cosechas sería siempre origen de riqueza.

B. ESCUDERO.

(Continuará.)

VIAJES

DE

EXTRANJEROS POR ESPAÑA Y PORTUGAL

EN LOS SIGLOS XV, XVI Y XVII

II

JOANNES DANTISCUS

EMBAJADOR DE POLONIA EN LA CORTE DE CÁRLOS V
DURANTE LOS AÑOS DE 1519-1525-1527-1531

(Noticias literarias.)

Acta Tomiciana.

En el siglo XVI vivió en Polonia Estanislao Gorski, canónigo de Plock y de Cracovia; nació en 8 de Octubre de 1489, y murió el 12 de

Marzo de 1572. Su laboriosidad y actividad le merecieron un notabilísimo puesto en la historia de su patria. Recibió su instrucción en Cracovia, luego en Italia, y al volver á Polonia, muy pronto se hizo conocer por su talento, y el obispo de Cracovia, Pedro Tomicki, vicescanciller de la Corona entonces, le admitió en el número de sus familiares, con el cargo de su secretario particular. Por su carácter recto, asiduidad en el cumplimiento de sus deberes y vastos conocimientos, mereció pronto completa confianza en su nuevo destino, y además un afecto que, apreciado por el mismo, sumamente agradecido, quiso recompensar. Después de la muerte de Tomicki, su bienhechor, en 29 de Octubre de 1535, la reina Bona, augusta consorte de Sigismundo I, rey de Polonia, le concedió el elevado puesto de su secretario. Muchos años desempeñó este cargo, dedicando la mayor parte de su tiempo libre á la literatura, que no abandonó hasta los últimos momentos de su vida. Entre otros trabajos de Gorski, el más notable y reputado fué su *Acta Tomiciana*. Admirador del talento y servicios que rindió Tomicki á la patria, emprendió la colección en un cuerpo de todos los documentos auténticos y públicos que existieron en la Real Cancillería del tiempo de su antiguo jefe. Mas pronto se convenció de que su programa era demasiado estrecho, y por esta razón lo extendió hasta la colección de los documentos del reinado entero del rey Sigismundo I, es decir, desde el año de 1506 hasta 1548, incluyendo en su obra también una parte del reinado anterior del tiempo del rey Alejandro. De sus numerosas investigaciones y extraordinarios trabajos, compuso, en fin, una colección de veintisiete volúmenes en folio, y entre ellos un ejemplar, de esmerada letra y encuadernación que presentó en 7 de Setiembre de 1568, con su correspondiente dedicatoria al Senado de Polonia. Si esta colección se hubiese publicado en el siglo XVI, y de tiempo de Gorski, la literatura de Polonia hubiera conquistado entonces la más elevada gloria entre todas las naciones de Europa. Mas nadie soñaba siquiera en publicar una obra tan voluminosa, cuya colección, tanto del ejemplar entregado al Senado, como de varias copias de anterior tiempo, ó también posterior, sufrió una lastimosa dispersión, cuyos vestigios se encuentran en algunas bibliotecas de Polonia misma y del extranjero.

Tres siglos se pasaron, y nadie se cuidó de la impresión del *Acta Tomiciana*; en fin, el

noble procurador y profundo conocedor de la historia patria, conde Tito Dzialynski, emprendió su publicación en nuestros tiempos, con el siguiente título:

«Acta Tomiciana, epistolæ, legationes, responsa, actiones, resgeste Serenissimi principis Sigismundi, eius nominis primi, regis Polonie, magni ducis Lithuanie, Russie, Prussie, Masovie domini, sub rev. Mathia Drzewiczki, episcopo Przemisliensi, Petro Tomiczki, Joanne Chojenski, Samuelo Maciejowski, episcopis Cracoviensibus, Cancellariis Regni Polonie, scripte per Stanislaum Gorski, Cracov. et Plocen. canonicum, eiusdem Petri Tomicii, post serenissime Bone Sforcie regine Polonie, secretarium collecte et in tomos XXVII digeste.»

En los años 1852-1860, aparecieron en Posnania ocho tomos en folio, de esmerada edición, de la colección de Gorski; la muerte prematura de Dzialynski interrumpió su continuación, y el heredero, hijo único, conde Juan Dzialynski, prosigue la obra de su ilustre padre, pero con una lentitud casi incomprendible. Desde el año de 1862, en que murió el conde Tito, no publicó más que el tomo IX, en el año de 1876, en Posnania; por consiguiente, de los veintisiete volúmenes no vieron la luz más que nueve, con la época desde el año de 1506 hasta 1527 incluso.

Es cierto que una obra tan voluminosa exige sacrificios considerables para su publicación; mas tomando en consideración su importancia, cualquier sacrificio parece poco en proporción del servicio que rendiría á la historia y literatura. Publicada esta obra en Bélgica ó Francia, más se hubiera extendido la noticia de su existencia, mientras que ahora apenas la conocen las más notables bibliotecas de Berlin y Viena, y no en completo todavía, sino en fragmentos. Por una fatal preocupación, el Poniente ignora la existencia de obras que se publican en el Levante ó Norte, y las antiguas relaciones del reino de Polonia con el de España, tan estrechas por varios conceptos, quedan sepultadas en olvido. Sin embargo, es preciso notar que las relaciones interiores y exteriores, particularmente las públicas en la época de que se trata, no se hacían en la lengua polaca, sino en latin, y la colección del *Acta Tomiciana*, con muy poca excepción, es enteramente en latin, cuyo conocimiento entre los varones ilustrados no presenta dificultad ninguna.

Animado de las mejores intenciones, pre-

sento estas noticias á la noble España, con deseo de facilitarle la entrada en un nuevo horizonte, y acercarla á sus hermanos católicos, sepultados en las ruinas del extraviado egoismo diplomático. Los documentos que allí se encuentran no carecen de importancia para ella; son nuevos y desconocidos hasta ahora.

El título mismo *Acta Tomiciana* indica ya el contenido de la obra; en resúmen, tiene las correspondencias del rey de Polonia y de sus altos dignatarios con toda casi Europa; las relaciones de los embajadores polacos, instrucciones, tratados internacionales con varios otros materiales, tales son los elementos que encierra el notable trabajo de Gorski. La Polonia en los tiempos del rey Sigismundo I estuvo á la verdadera altura de su poderío y gloria; su monarca pasaba en Europa por muy prudente y sabio varon, con sus numerosos eclesiásticos y legos dignatarios; no es, pues, extraño si el *Acta Tomiciana* presenta una coleccion de documentos interesantísimos para todas las naciones europeas.

Desde el momento de la ocupacion del trono de España por el rey D. Carlos V y emperador de Alemania, en el año de 1519, las relaciones se multiplicaron todavía más entre la Polonia y la España, tanto por motivos surgidos de varios asuntos públicos entre el imperio germánico y el reino de Polonia, como por el casamiento de Sigismundo I, en el año de 1518, con Bona, princesa de la casa de los Sforzas, hija de Isabel, llamada por D. Carlos en sus cartas «Isabella de Aragonia, Mediolani et Bari ducisa ac Rossani principissa», que fué heredera del principado de Bari en la Italia Meridional. Como D. Carlos V, rey de España, tuvo en su poderío tambien el reino de Nápoles, dependia de él desde luégo el reconocimiento de los derechos de sucesion á favor de Isabel sobre el referido principado, y á su muerte, el traslado de los mismos derechos á favor de la reina Bona y de Sigismundo I, su esposo, prescindiendo de otras muchas circunstancias públicas que sostenian estrechas relaciones entónces entre la Polonia y la España, ésta sola era capaz de mantenerlas, y las mantenía, como se verá más adelante.

La cuestion de la eleccion de D. Carlos al imperio aleman, que el *Acta Tomiciana* trata con tantos detalles, no carece de importancia para la historia de España (1).

(1) Véase «Sybel's Historische Zeitschrift...» Artícu-

Pasemos ahora al principal autor de las relaciones que contiene el *Acta Tomiciana*, y que se redactaron en su mayor parte en España. Tanto por causa de la dicha sucesion, como por varios otros motivos diplomáticos, el rey Sigismundo I se encontró en la precision de mandar á un representante suyo á la corte de D. Carlos V áun ántes del fallecimiento del emperador Maximiliano, predecesor suyo. Para ocupar este importante puesto, la suerte designó á Juan Dantisco (Joannes Dantiscus), diplomático fino, erudito humanista, compañero alegre, profundo literato y excelente poeta. Un breve resúmen de su biografía me parece oportuno en este lugar.

Juan nació en Danzick, ciudad de Polonia, en 1.º de Noviembre de 1485 (1); su apellido tomó el origen de la misma ciudad, y él se acostumbraba á llamar: Dantiscus von Höfen (a Curiis). Su abuelo fué cordonero: Flachsbinder en aleman, y Linodesmas en latin. Su educacion la recibió en Cracovia, y entre los años de 1502-1503, entrando en el servicio militar, luchó en la expedicion contra los Tártaros. A la vuelta se proporcionó recursos necesarios para concluir sus estudios en Italia, adonde emprendió su camino; mas á la vista de un buque en Venecia para el Oriente, cambió de repente de idea, y se fué á viajar por la Siria. En los años de 1504 y 1505 visitó la Grecia, Palestina y Arabia, y á su vuelta la Italia entera, en que se dedicó á los estudios de humanidades. Luégo vuelve á Cracovia, se matricula en la Universidad, estudia teología y jurisprudencia, siempre con una predileccion á los estudios de humanidades, que nunca abandona. Pronto su talento se hizo notar en Polonia, y en los años de 1509 hasta 1515, se le confió varias veces una real plenipotencia á las Dietas de la real Prusia, en que con celo y energía defendía siempre los derechos de Polonia contra las pretensiones de los Estados prusianos.

los: Des polnischen Hofes Verhältniss zur Wahl Kaiser Karl's V, tom. VI, pág. 46...

Uebersicht der polnischen geschichtlichen Literatur der letzten Jahre, tom. XVIII, pág. 359-410.

Zwei weitere Beiträge zur Wahlgeschichte Kaiser Karl's V, publicados en Forschungen zur deutschen Geschichte, tom. IX, pág. 618... por la Academia de Baviera.

(1) La fecha de su nacimiento se señala de costumbre en 31 de Octubre; mas él mismo desmiente esta inexactitud diciendo: «Hodie, que est dies Omnium Sanctorum, et natalis meus». *Acta Tomiciana*, tomo VII, pág. 331.

Dantisco, agradecido á la Polonia por los medios que le proporcionó para completar sus estudios en la Universidad de Cracovia, renunció á su origen germánico y se hizo un ardiente polaco. En calidad de secretario del Rey, sus relaciones con la cancillería de la república se estrecharon, y en esta condicion acompañó al Monarca de Polonia al Congreso de Viena, en el año de 1515. Sabido es que en esta reunion figuraron: Maximiliano, emperador, Sigismundo I, rey de Polonia, su hermano Ladislao, de Hungría y Bohemia, con objeto de componer las diferencias ocurridas entre Maximiliano y Sigismundo, y llevar á su efecto los casamientos entre los nietos del primero y los hijos del rey Ladislao. Desde aquella época, Dantisco ocupa el puesto de embajador de Polonia en la corte de España, hasta el año de 1532, casi sin interrupcion; toma parte poco más ó menos en todos los tratados más importantes que de su tiempo se hicieron en Europa, ó trata de ellos como testigo, en sus relaciones confidenciales dirigidas á Sigismundo I. Presente en la corte del emperador Maximiliano en el año de 1516, influyó mucho en el tratado de paz hecho con Venecia. Su mision en España fué: la procuracion del derecho de Doña Isabel, madre de la reina Bona, á la sucesion de Bari, y despues de su muerte, el reconocimiento de los mismos derechos á favor de su hija; la union de la Europa, y una alianza comun contra los turcos, y ademas la accion del Emperador, tanto ántes de la secularizacion, en el año de 1525, de la Orden Teutónica, como despues de la dicha secularizacion, contra el Gran Maestre; la defensa del recientemente creado príncipe de Prusia, contra la proscripcion del mismo por el Emperador. Preciso es confesar que Dantisco demostró profunda inteligencia en el manejo de todas éstas delicadas cuestiones, y su paciencia y perseverancia coronaban siempre sus esfuerzos de victoria.

La corte de Polonia quedaba muy satisfecha de su embajador, no sólo por su actividad y talento, sino tambien por sus frecuentes, largas y muy interesantes relaciones, dirigidas al Rey y á la Reina, sus augustos soberanos. Se esperaban con deseo, y se recibian indudablemente con alegría, todas sus correspondencias, porque hay algunas, como una de la corte del Emperador, que ocupa treinta páginas en folio, de bastante cerrada impresion. Dantisco escribe con ardor, vivacidad, estilo claro, y caracteriza á la gente

y sus relaciones con verdadero entendimiento de las cosas, y con tanta precision, que amenudo con una sola palabra pinta las situaciones de los asuntos que le preocupan. Entre todo lo relativo á los negocios públicos, nunca olvida la descripcion de los múltiples acontecimientos de la corte misma, de las costumbres españolas más características, y en sus comunicaciones á la Reina, de numerosos detalles sobre la vida privada del Rey y de sus cortesanos. Un embajador de este genio, no pudo por ménos de prestar notables servicios á su soberano, merecer su confianza y aficion, y llegar á una consideracion que pocos alcanzan.

No me parece oportuno entrar aquí en los detalles de la vida privada de Dantisco; me permito hacer únicamente la mencion de que las diversiones ruidosas no le disgustaban, y que su conducta de sacerdote no siempre merecia aplausos. Sin embargo, un hombre de tanto talento como él no tardó en reconocer las faltas de su bulliciosa juventud, y en su última mision que tuvo en España, recibió la noticia de su nombramiento á la silla episcopal de Culm (1), que el Rey en recompensa de sus servicios le ofreció, y al volver á Polonia ocupó su puesto en 18 de Diciembre de 1537, de la más rica catedral de Warmia. Los demas sucesos de su vida episcopal carecen de interes para la España. Murió en Frauenberg (2), el 27 de Octubre de 1548.

Dantisco, retirado de su vida diplomática, sentado en el sillón episcopal, desempeña su nueva mision divina como un verdadero pastor de su rebaño, y siempre con la actividad y energía de ántes; mas como humanista, literato y poeta, no olvida sus relaciones con los más ilustres varones de su tiempo en Europa. Con Hernan Cortés tuvo muy estrecha amistad. Cortés le escribe desde la isla Española, recordándole las diversiones poco edificantes para ambos en Madrid, y pidiendo el pago de una deuda contraida. De las cartas de Dantisco y relaciones recibidas se conservan centenares, y acaso millares; mas pocas se publicaron hasta ahora, y sin embargo, constituyen materiales preciosos relativos á todas las naciones europeas.

(1) Chelmo en polaco, á tres leguas de Danzick, ciudad fundada en el año de 1232, sobre el Vístula. Su silla episcopal está trasladada á Pelplin.

(2) Una pequeña ciudad, entónces en Prusia polaca, en que fué de canónigo el célebre Nicolas Kopernik, polaco.

Tomando en consideracion la trascendencia de la época en que Dantisco representa el reino de Polonia en la corte de España; la eleccion de Carlos V al imperio germánico; el desarrollo de la Reforma; la victoria de Pavía y tratado de paz en Madrid; la conquista de Roma; el tratado entre el Papa y el Emperador; su viaje á Italia, luégo á Alemania y á los Países-Bajos, es preciso reconocer que las relaciones del *Acta Tomiciana* presentan elementos para la historia de España sumamente importantes. Concretándose á Dantisco mismo, se le ve en todas partes: siempre acompaña al Emperador, asiste á su Consejo en los más importantes casos, ó toma auténticas noticias sobre los sucesos; en el manejo de su pluma es infatigable; en las relaciones, alegre y con broma en los labios; en su criterio, artista; en la descripción de caracteres, maestro; en una palabra, no deja en paz á nadie, ni siquiera la vida interior de Don Carlos con su augusta consorte, ni la de su canceller Gattinara (1), de Germana de Foix, viuda del rey Fernando, y hasta de los cortesanos, cuyas costumbres pinta admirablemente. Sus documentos relativos á la Inquisicion son curiosísimos (2). Tal es el autor del *Acta Tomiciana*, y tales son los documentos que contiene.

No es mi objeto presentar enseguida los expresados documentos, porque redactados en latin, y publicados en parte, son accesibles al público ilustrado; mas me parece oportuno dar un breve bosquejo de los volúmenes que han visto la luz, para que se vea el genio de Dantisco, y aún más la importancia de sus relaciones.

La primera misión que recibió Dantisco en la corte del emperador Maximiliano, sucedió á fines del año 1518, y la instruccion que se le dió para la corte de España, se encuentra en el *Acta Tomiciana* (tomo IV; números 391-392). Segun se ve, Dantisco despachó con Maximiliano poco ántes de su fallecimiento, y conseguido lo que tuvo encomendado, emprendió su viaje á España, y llegó á Barcelona en 14 de Enero de 1519.

Los tiempos respetaron pocos documentos de esta misión: en primer lugar, figura un discurso de Dantisco dirigido al rey Don Carlos V en 21 de Febrero de 1519; contestacion

de éste y rectificacion del primero (tomo V, números 31 y 33). Luégo se encuentran las siguientes relaciones: al rey Sigismundo I, en 12 de Marzo (número 34); al vicecanciller Tomicki, en la fecha referida (número 35); despues al rey Sigismundo, en 30 de Julio (número 66), que equivocadamente lleva en la impresion la fecha de Junio, y á Tomicki, en 17 de Agosto (número 83) del mismo año de 1519. Otras relaciones suyas de esta época, ó se extraviaron ó no se publicaron hasta ahora, porque Dantisco no se limitó á tan corta correspondencia. Apesar del corto número de estos documentos, su contenido merece atencion; manifiestan la inquietud sobre el resultado que se estaba esperando de la eleccion en Francfort: la impresion que hizo sobre D. Carlos V y su corte de España, y las noticias de varios otros sucesos de menor trascendencia, pero no menos curiosos.

En momento de tantos acontecimientos, los negocios que tenía Dantisco no marchaban segun su deseo; la impaciencia le devoraba, como lo manifiesta él mismo en una de sus cartas á Tomicki: «Si illis interdum licet canere, qui compedibus vincti in ergastulis durissimos ferunt labores, cur etiam in hoc labirinto perplexus non jocarer. Seruus. Dnus. meus duce. Rma. Ditione vestra, dedit me ut tenellum puerum, quem nostri Gregorianum vocant, scolis, que in hac aula sunt, in quibus quatuor hec magne habentur facultates; prima docet patientiam, sequens non credere, alia dissimulare, ultima et hec potissima est ingenue mentiri. Quantum in prima profecerim, ipse mihi sum conscius, in secunda quotidie audio lectiones, due iste posteriores, subtilius quam ego habeo requirunt ingenium, et nemo in his proficere potest, nisi á natura sit ad ea inclinatus. Rogo igitur Dtionem vram, rvsam ad mentem regiam pro me intercedat, ut in primis duabus me non mediocriter eruditum revocet, ne ulterius hic immorando in sequentibus malitia vincat naturam. Credat Dtio. vra rvsam quod mirabile in rebus practicandis, hic habetur gymnasium, beatus qui intelligit.»

Apesar de todas las quejas, Dantisco quedó largo tiempo aún en su puesto, y las circunstancias que favorecieron su vuelta á Polonia se ignoran completamente; acaso se aprovechó del viaje de Don Carlos V á Alemania, en el año de 1520.

A principios del año de 1522, el rey Sigismundo I le manda otra vez á la corte del

(1) Mercurino Alborio de Gattinara, italiano del Piamonte, murió en Inspruck á los sesenta años de su edad, en 1530, como cardenal de Clemente VII.

(2) Act. Tomiciana, tomo VIII, págs. 334, 348 y 362.

emperador Don Carlos V; mas, contra todas las esperanzas de haberse debido prolongar su presencia en Alemania, al llegar Dantisco á su destino, encontró á éste soberano de vuelta á España, y sujetándose á la orden que recibió de su Rey, emprendió sin demora el mismo camino. De esta mision no se halla ninguna correspondencia.

En el año de 1523 volvió á Polonia, y llegó á Cracovia en 26 de Julio. En su viaje pasó por Wittemberg, donde encontró á Martin Lutero, que le sirvió de tema en una de sus cartas. Sobre este viaje de Dantisco, escribe Andres Krzycki á Tomicki: «Rediit Dantiscus, recenset mira et iocunda cum multis aliis de rebus, tum vero de Luthero, cum quo dies aliquot convixit, affirmans eum esse demoniacum simillimum regi Danie (1) in moribus et aspectu. In summa bene esse in Polonia refert».

Con el tomo VII del *Acta Tomiciana*, empiezan numerosos documentos relativos á los fastos de España. Murió la duquesa Isabel, madre de la reina Bona, y se trató entonces de la sucesion al principado de Bari, que correspondia á la hija. El rey Sigismundo I, á principios del año de 1524, encomienda este negocio á Dantisco, y le manda otra vez á la corte de Don Carlos V. Antes de venir á España, tuvo que pasar por Venecia, Ferrara y Roma, para terminar en aquellas cortes ciertos negocios pendientes. En los últimos dias del mes de Marzo de dicho año, pasó por Viena; en el mes de Mayo se encuentra en Venecia, de donde comunica una curiosísima relacion (tomo VII, núm. 119) al rey de Polonia, y en el 19 de Setiembre está ya presente en Valladolid. Figuran tambien aquí muchas comunicaciones dirigidas á Dantisco de Polonia, á Don Carlos V, y á su canceller Gatinara, con relaciones de Dantisco, escritas de España á Polonia, extensas y curiosas, más completas en este tomo que en los anteriores.

La mision de Dantisco no asegura buen éxito en su principio: «Non sum hic acceptus, dice: hoc tempore ut prioribus duabus vicibus (2), suspicantur nescio quid de Gallis». Esta relacion tiene la fecha de Valladolid en 3 de Octubre (tom. VII, núm. 146). La sospecha, sin embargo, no carecia de fundamento: el rey de Polonia mandó en el año de 1523 á

Jerónimo Laski, palatino de Sieradz, al rey Francisco de Francia, y el mismo Dantisco á su paso por Lyon le encontró: «a quo, dice: humaniter et auditus et habitus sum». Esa es la circunstancia que suscitó sospechas en la corte de España, y cuyas consecuencias tocaba el embajador de Polonia. La última relacion del año de 1524, comunicada de Madrid en 18 y 19 de Diciembre (tom. VII, números 154 y 155), es completa y muy curiosa, tanto por los detalles que contiene de la vida de su corte y sus costumbres, como por la política en el imperio, que pronosticaba grandes acontecimientos en Europa. En esta comunicacion menciona Dantisco, por la primera vez, las relaciones de España hacia la Reforma: «Hic de Luthero, dice: neque loqui permittitur, statim Vulcanus est ad manum qui ora comprimit». Poco faltó á Dantisco mismo para ser víctima de su Vulcano, la Inquisicion, como lo manifiesta en una de sus relaciones más adelante (tom. VIII, página 362). Es una descripcion ingeniosa, y al mismo tiempo dramática.

Con la relacion de 18 de Diciembre, y el reconocimiento por el Emperador de los derechos de sucesion á favor de la reina Bona y de su augusto esposo, rey de Polonia, termina el año de 1524.

Es menester añadir que el tomo VII contiene tambien documentos del año de 1525, época de mucha trascendencia en la historia de Don Carlos V.

Las relaciones de Dantisco no han podido escribirse el mismo dia cuya fecha llevan; en la del 16 de Marzo (tom. VII, núm. 19), de Madrid, hasta su mitad se ignora la célebre victoria de Pavia, y se temen los resultados de la lucha, y más adelante se dice: «Venit huc X. huius mensis (martii) subita et preter omnem spem ac opinionem felix Mti. cesaree novitas a vice-rege Neapolitano et duce Borbonensi per Gallias in postis intra XIIII. diem, missa, per quam nunciabatur, regem Francie, ceso illius exercitu, ad Ticinum captum, cum omnibus suis primoribus et nobilibus, qui in eo congressu non erant occisi et in Paphiam a vice-rege introductum. Littere etiam a matre regis Gallorum cesari ferebantur, quibus illi de tam insigni et evo nostro non audita victoria congratulabatur, rogando, cum a Deo hec et tam ingens felicitas cessisset, illa uteretur filiumque suum captum ea in conditione apud se conservaret, quemadmodum utrisque et tam alta prosapia progenitis conveniret. Quale gaudium hec

(1) Es decir, á Cristiano expulsado de Dinamarca.

(2) La penúltima vez, y parece referirse al año de 1522.

novitas cesari ac eis qui illi bene volunt, hic fecerit, facile potest perpendi. Ex templo igitur missum est ad omnes oratores. Ad me etiam perventum. Qua de re, ut animum Mtis. Vre Srme. erga cesarem testarer, nuncius sua mercede non caruit. His enim modis, quomodo quisque afficiatur, expiscari solet, ut cum magnus undique ad cesarem fieret concursus, ego cum oratore regis anglie, cum vicini simus, ad aulam etiam contendimus, ut congratularemur. Intromissi igitur ad cesarem pervenire non potuimus, qui se paulo ante quam advenissemus cum quibusdam consiliariis occluserat, significavitque nobis, ut paulisper prestolaremur. Unde inducti in quoddam aliud conclave, in quo erat dominus dux Calabrie cum nuncio ducis Bourbonensis et plerisque aliis huius aule primoribus, ad dominum ducem Calabrie accesimus, cum quo multa de hac victoria colloqui, quidam inquit: Quem nunc animum rex Gallie captus habere debet? Cui ille respondit: Nemo est in aula hac, qui hoc melius quam ego sciat. Cum enim avus maternus istius cesaris regnum neapolitanum occupasset et inde rursus in Hispaniam transiicere voluisset, dominus dux Calabrie illum comitabatur et conduxit usque in navem, quo cum pervenisset regi vale diceret, retentus est preter suam opinionem a rege et ad Hispaniam adductus, ubi captivus servabatur, donec iste cesar illius misertus, ante duos annos eum liberum faceret, et in presentia magno cum favore prosequitur habetque super omnes oratores locum. Princeps est profecto gratusus et ab omnibus passim diligitur relucetque in eo vere sanguis regius. Et cum ille nobis has novitates referret, quomadmodum cesari fuerunt descripte, illius Mtas. supervenit. Accedit primum orator anglicus et composito vultu congratulatus est, ut potuit. Illi Mtas. sua multa respondit et fere per spatium medie hore multa affectuose cum illo loquebatur».

Luégo se acercó el embajador de Polonia y pronunció su discurso de felicitaciones en aleman, que entero comunicó al Rey.

«Ad ea, prosigue Dantisco: Mtas sua benigno vultu et quodem rubore suffuso inquit: «Nescio quomodo vobis respondeam, si hispanice, fortassis non omnia intelligetis, si lingua germanica, in ea non sum perfectus.» «Mtas Vra inquam, velit, loquatur hispana, non est mihi admodum incognita, cum iam in ea, tribus vicibus, huc ad Mtem Vram missus, non parum apprehenderim. Scio etiam

Mtem Vram omnia, que vult, loqui posse germanice, «Unde cum circumspexisset, si cancellarius adesset, qui non erat, lingua germana sic respondit, libuitque mihi verba illius sicut memini annotare.»

Cita Dantisco enseguida la contestacion en aleman del Emperador, dando al mismo tiempo detalladas noticias de las funciones y ceremonias públicas por motivo de la victoria, y luégo trata de un almuerzo ofrecido por el canceller Gatinara. Sobre el embajador de Inglaterra, convidado tambien, dice entre otras cosas: «quem (magnus Cancellarius) multis scommatibus pupugit de rege suo. Ille tamen quasi non intelligeret, dissimulabat. Dicebat etiam aperte: timeo ne nobis hoc, quod Annibali, dici possit: vincere scis, at victoria nescis uti. Et sunt qui cesarem offenderunt et de eius benignitate diffidunt. Unde adhuc cum Infidelibus aliquid molientur. Fortassis de pontifice et Venetis dicebat».

Con referencia á los acontecimientos y negocios en la corte de España, como tanta trascendencia tenian, Dantisco redobla su actividad para notificar todo, tanto al rey Sigismundo como á su vicecanciller Tomicki, en sus numerosas comunicaciones; trata con detalles de la llegada del rey Francisco, prisionero de guerra, de la princesa d'Alençon, de los tratados que estaban entonces en cuestion, de la visita imperial hecha al augusto preso, de la enfermedad del mismo, etc.; en una palabra, de todo lo que ofrecia aquella época.

No ménos importante es, ó mejor dicho, de más trascendencia aún, la correspondencia de Dantisco del año de 1526, publicada en el tomo VIII. Algunas comunicaciones suyas son de una extension considerable; la del 12 de Octubre ocupa treinta páginas en folio de impresion. Se puede decir que las relaciones de este volúmen contienen casi una completa crónica de todos los acontecimientos más importantes de España en el referido año. Las hay en número de trece: de Toledo, con las fechas del 10 de Enero, del 23 de Febrero y de 24 del mismo mes; de Granada, del primero de Setiembre, del 12 de Octubre, del 14 del mismo, del 11 de Noviembre y 6 de Diciembre. Además, las cartas del rey Sigismundo I al Emperador y á D. Carlos de Lanoy, virey de Nápoles, y luégo del conde Enrique de Nasau, cuya importancia en la corte de Don Carlos V es conocida, de Mercurino Gatinara, canceller, etc.

Las más importantes cuestiones de que estas correspondencias tratan, son: la continuación de los negocios sobre la paz; la conclusión de los mismos; la entrevista personal del Emperador con el rey de Francia, Francisco; el transporte del mismo rey hasta sus fronteras, efectuado por el virey de Nápoles; el casamiento del Emperador; la formación de una liga y su progreso contra el Emperador; las disensiones surgidas entre el canciller Gatinara y el virey de Nápoles, don Carlos de Lannoy, «Luciferus» vulgarmente llamado, etc. Sumamente curioso es también el negocio de Dantisco con la Inquisición de España. Tanto susto le dió, que hasta suplicó al Rey se dignase el Emperador otorgarle un salvoconducto para el momento de su vuelta á la Polonia, temiendo su arresto en el camino. Inútiles serían los extractos de este tomo, porque todo es igualmente curioso, digno de lectura, escrito en forma de un diario, y con las impresiones de lo que cada día se manifestaba en la corte. Además, Dantisco no se fiaba de noticias recogidas sin verificar su origen, procedencia y verdad; activo, desconfiado, penetrante y perfectamente relacionado, sus comunicaciones tienen el carácter de las mejores de este género y de indiscutible verdad. Dando una vez noticias al Rey sobre el virey de Nápoles y sus setenta navíos, apenas descubrió después que no tenía más que treinta, enmienda al instante su error, y pide perdón de su equivocación é informe inexacto.

El tomo IX, con los documentos del año de 1527, contiene treinta y una relaciones, con fecha de Valladolid y de Burgos, dirigidas al rey de Polonia, y además numerosas cartas que él mismo recibió con destino al Emperador, Gatinara y otros.

En su primera carta del 22 de Abril, Dantisco caracteriza con acierto para entonces las intenciones y tendencias políticas del Emperador hacia la Hungría, huérfana de su rey Ludovico, que murió en Mohacz (1), é invadida por los turcos. La reina Bona le preguntó sobre lo que el Emperador pensaba hacer en la cuestión húngara, y él contesta: «Id quidem quinque literis facere possem: N. J. H. J. L.; vellet fortassis, sed tamen conatus illius aliorum protrahuntur, ut scripsi in novissi-

mis. Plaga Dei est». Esta comunicación con la referida fecha, la empezó Dantisco en 27 del mes de Febrero; mas cayendo enfermo de quiragra, sus trabajos sufrieron la interrupción de casi dos meses de tiempo.

Es preciso advertir, sin embargo, que las numerosas correspondencias con el Rey, la Reina y otras de este volumen, no son tan esencialmente curiosas como las del año anterior. Parece que las enfermedades epidémicas de aquel año en España, y especialmente en los alrededores de Valladolid, y la dispersión de la corte, obligaron también á Dantisco á vivir en una pequeña ciudad, donde apartado del movimiento contrario de los negocios públicos, é impelido por sus propias dolencias, no podía siempre conseguir más extensas noticias. Apesar de estas circunstancias, no carecen de importancia. Entre otras cosas, tratan de las relaciones entre el Emperador y su canciller Gatinara; de la despedida del último de la corte y su vuelta á ella; de la entrada triunfal del Emperador en Valladolid; del nacimiento del infante D. Felipe; de la audiencia que la Emperatriz concedió á Dantisco, y de los regalos que la hizo á nombre de su soberano para atraer su benignidad hacia la cuestión de Bari.

Además, las noticias sobre las relaciones de la vida interior del Emperador con la Emperatriz, que Dantisco tampoco olvida, no desmerecen la atención de un historiador. Escasean, sin embargo, más que en los años anteriores, las noticias sobre la lucha en Italia, tratados y relaciones con el Papa y con otros monarcas.

Con esto concluye la rápida revisión de los nueve tomos publicados del *Acta Tomiciana*. Dantisco, no obstante, en calidad de embajador de Polonia, sigue aún largo tiempo en la corte de Carlos V, «ut Prometheus Caucasus alligatus»; acompaña á este soberano en los años siguientes á Italia, Bolonia, luego á Augsburgo y los Países-Bajos. En el año de 1530, el rey Sigismundo I le elevó al episcopado de Chelmino, en recompensa de los servicios prestados á la república; mas apesar de su nuevo destino, le deja en su puesto hasta el año de 1532. Es, pues, de suponer que los tomos que quedan para publicarse, encierran también importantes noticias históricas de España.

El manuscrito que forma el tomo XIII del *Acta Tomiciana* se encuentra en la biblioteca de Leipzig, y contiene los documentos del año de 1531. La corte imperial residía entón-

(1) Mohatz, en latin Amantia, una aldea de la Hungría inferior, célebre por las grandes batallas de los años de 1526 y 1687.

ces parte en Alemania y parte en Bélgica; las relaciones, pues, de Dantisco, que seguía á Don Carlos V, se refieren ménos á España de aquel tiempo, pero son siempre de carácter relativo á sus negocios. Las comunicaciones de Aquisgran (Aix-la-Chapelle) del 13 de Enero, y de Gante, 4 de Abril, 19 de Mayo y 15 de Junio; de Bruselas, 20 de Julio y 22 de Octubre, son importantes por sus noticias de Alemania, Francia, Inglaterra, Dinamarca, y de la vida y costumbres de la corte del Rey y Emperador. La descripción de los torneos de Bélgica, en que tomó parte Don Carlos V, y salió de ellos con gran notabilidad, es muy curiosa. Entre las pocas relaciones directas con referencia á España, la del 19 de Mayo dice:

«In Hispania caritas est et annonae et vini, ubi superiore anno et hoc etiam nimia siccitate exusta perhibentur omnia. Ad littora eius Africae viciniora passim grassatur impune famosus ille Pirata Barbarossa abductisque hominibus, quos capit, plurima facit damna. In Catalonia et Aragonia iterum fertur saevire pestis, quae anno praeterito innumeros abstulit homines».

En la relacion del 20 de Julio dice: «Venit hic fama ante aliquot dies triremes, et myoparonis (1) Maurorum, quibus praefecit Thurca ille famosus, quem vocant Barbarossa, quae fugerant in portum quendam Africae, quo Andreae de Orca triremes sunt secutae et in ipso portu triremes Maurorum, ex quibus Mauri bona et bombardas exportare ceperant, eas cremarunt, duas alias cum multis captivis christianis ceperunt, una cum quibusdam myoparonibus seu fustis et multa praeda onustae salvae redierunt; unde et praesens ferunt Thurcas in oris Dalmatiae et Carinthiae quendam portum firmasse multis munitionibus esseque ibidem supra 15 milia Thurcarum et struere magnam classem vindicaturi fortassis, quod Barbarossae male cessit».

J. LISKE.

Traducción de F. R.

(Continuará.)

(1) Myoparo, un bergantín ó chalupa ligera.

LA FELICIDAD HUMANA

CUADRO DE COSTUMBRES

(Continuacion.)

III

Y llegó á casa de su hermano perfecta y modestamente vestida. Los sobrinos creyeron, segun las conversaciones oidas á los criados, que se trataba solamente de dar albergue á una parienta pobre; pero Marta, apesar de la sencillez de su traje, supo ocupar el lugar que le correspondia, con lo cual no podia quedar dudá acerca de la independencia de su posicion. Daba órdenes á los criados con urbanidad y dulzura, y en sus acciones habia una dignidad tan natural que á todos sorprendia.

Ambrosina, su doncella, hacia bueno el proverbio de *à tal amo tal criado*. Una campesina, de edad aproximada á la de su ama y vestida de sarga, no podia ménos de ser objeto de cuchicheos y de bufonadas que la recién llegada supo acallar pronto con su mirada firme, segura, indiferente y fria. La oscura campesina tenia lengua y uñas, y es seguro que en caso necesario podia defenderse.

El cocinero, con objeto de conocer el terreno y hacer al propio tiempo los honores de la mesa que presidia, dirigió la palabra á Ambrosina.

—Y bien, señora ó señorita...

—Señorita, si usted gusta.

—Ya está usted en la corte, todos desean vivir en ella, y hace usted bien, porque únicamente se vive aquí. ¿Piensan ustedes estar mucho tiempo con nosotros?

—Eso depende de la señorita.

—Pero ya sabrá usted...

—No, la señorita no acostumbra á comunicar sus proyectos á los criados.

—¡Hola!... ¡Orgullosa y todo!

—Así debe ser; buena ó altiva, segun las personas y las circunstancias.

—¡Vaya, vaya, que está usted muy unida á su ama!

—Siempre le habia prometido que iria donde fuese... aunque fuera al infierno... Dios me perdone,—añadió santiguándose,—y ya lo ven ustedes, puesto que me hallo aquí.

—¿Quiere usted un pez, señorita?... ¡Ah! No es muy bueno; los señores los comen y cuestan ocho reales; los nuestros no salen á tres

cuartos... ¡La economía!...—añadió con cierto aire melancólico.

—¡Virgen Santa!—exclamó Ambrosina.—¿Y eso cuesta tres cuartos, eso? Cometería un pecado si comiese ese pez.

—¡Qué deliciosa está usted, señora!—contestó inclinándose el cocinero.—En Madrid no se conoce el gusto hace tiempo...

—¡Qué es lo que usted quiere decir!—preguntó Ambrosia indignada.—Procure no burlarse, porque pudiera pagarle en la misma moneda. ¿Y los amos comen peces á ocho reales cada uno? Si así es, no me admira que todo el mundo se arruine ó pervierta en Madrid.

—Efectivamente, muchos se arruinan, pero en cambio otros hacen fortuna; y si no, dígame el señor Gil, que á no venir á la corte su familia, no sabría lo que eran peces de ocho reales.

—En su casa los tendría más baratos; y la señorita lo hubiese preferido, pues así él hubiese llevado la tierra, ella el dinero, y no al revés, como ha sucedido.

—¿Y la señorita es rica?—preguntó el cocinero, en cuya fisonomía aparecía cierta expresión de respeto.

—Riquísima. No tenga usted cuidado,—dijo rápidamente Ambrosina,—que ella traerá más que lo que saque de esta casa.

La escena que pasaba entre los amos era de orden distinto. A la mamá había disgustado el tocado de su cuñada; los niños, en su cualidad de niños á la moda, habían juzgado á la tía por la modestia de sus vestidos, y aparecían un tanto displicentes con ella. Ésta, sin embargo, se mostró tan indiferente y era tal su apostura, que impuso desde el principio un respeto desconocido hasta entonces por los jóvenes.

Al día siguiente de su llegada tuvo una larga conversacion con su hermano; quiso conocer la naturaleza de las atribuciones que le estaban reservadas, y la extension de sus poderes.

El hermano, en vez de decirle que eran *ilimitados*, le dijo suspirando:

—Tienes que conquistarlos uno á uno, por medio de la persuasion; debes obrar con tenacidad, disimular y encubrir la razon y el buen sentido para hacerles entrar en lo que tanta repugnancia han mostrado. Mi mujer es débil, perezosa y descuidada; si procedes con calma y un poco de prudencia, podrás ejercer toda su autoridad. Pesada es la tarea que te encomiendo, mi querida Marta...

—¡Bah! ¿Pues de qué me serviría lo que he aprendido desde la muerte de nuestro querido padre?

—¡Ah! Yo espero que no retrocederás cuando llegues á conocer nuestra situacion. He ganado y gano mucho dinero; nada me basta para satisfacer las necesidades de mi mujer. Mis ganancias, en vez de aumentar nuestra fortuna, no alcanzan para saldar mis cuentas; y pues los gastos como los ingresos se multiplican unos por otros, deseo que te enteres minuciosamente, que procures el orden y des á mi mujer algunas nociones de economía doméstica; algo difícil es, pero aún hay otra cosa más difícil para mí.

—¿Cuál?

—¡Mis hijos, querida hermana! Las niñas tienen ya diez y seis años, y no son sino modelos de modas elegantes. Son necias, vanas y frívolas, patrimonio comun de las mujeres inútiles; sólo piensan en vestirse y mortificar con su lujo á sus compañeras más pobres; su talento está tan cultivado como su corazón. Papá, me decía la otra noche la mayor, ¿para qué necesitamos aprender si somos ricas? Eso es bueno para las personas que tienen que vivir de la enseñanza. En cuanto á religion, hacen lo que hacen las jóvenes más elegantes de la corte: asistir á la iglesia de las Comendadoras, cuya entrada y salida es tan brillante como la del teatro de la Ópera... á ella acude el mundo elegante para hacer alarde de actos de piedad, de riqueza, de gusto. Eduardo vale poco más ó menos lo que sus hermanas; estudia y aspira á ser la grotesca caricatura de algunas caricaturas más adelantadas que él; ya habla de *Sport, Turf*... y tiene poco más de quince años...

—Pues bien,—respondió Marta, que había escuchado pensativa y atentamente.—Creo que lo primero es poner remedio á lo que corre más prisa. Mete á tu hijo en un colegio.

—¡Á los quince años!... No querrá... su madre le apoyará... y despues...

—¡Bah! Eso no basta, ni estamos para lamentaciones. ¿Estás dispuesto á ser buen padre, sí ó no? Si no puedes meterle en un colegio, ponle al menos con un profesor entendido, que no le deje de la mano hasta que adquiere hábitos de trabajo y disciplina. En cuanto á tus hijas, la obra me parece más fácil; yo la emprenderé.

No habían pasado ocho días desde la llegada de Marta, y ya la casa había cambiado de aspecto, si bien la reforma era más apa-

rente que real; pero en fin, las niñas ocupaban las mañanas con distintos profesores, bajo la direccion de la tia, y el jóven y precoz Eduardo estaba bajo la férula de un hombre inflexible que le hacía trabajar seis á siete horas diarias.

Las visitas matinales á las tiendas, los paseos al Prado ó á la Castellana, los bailes, los espectáculos habian concluido. Era preciso acostarse y levantarse temprano.

El cocinero habia presentado majestuosamente su dimision, y el señor Gil tuvo la debilidad de aceptar.

Después de mucho tiempo, y apesar de los esfuerzos hechos, la tia Marta se convenció que lo más difícil aún no se habia realizado. Los sobrinos eran ya grandes, é insensiblemente eludian su autoridad; el ejemplo, los sentimientos y hábitos de la mamá, eran motivos más que poderosos para acercarlos más á sus antiguas inclinaciones, combatidas, pero no destruidas. La riqueza, las necesidades y la pasion del lujo penetraban en ellos por todas partes. La obra de la tia era siempre contrariada ó ridiculizada. La obstinacion propia de caracteres débiles y de pobres inteligencias se despertaba de vez en cuando en Hortensia, y la tenacidad y buen sentido de Marta se estrellaban contra la más notable de todas las fuerzas, contra la inercia de la mamá, que queria que sus hijos estuvieran á igual altura de los de sus amigos, y cuyo especial, último y único argumento era: ¿y por qué no así?

Marta, pues, resolvió soportar lo que no podia impedir; algo habia ganado, al ménos, al evitar la humillacion que resulta de una radical ignorancia; pero sus sobrinos eran los que siempre fueron: Eduardo un *ridículo* y *cargante pollo*; sus hermanas, como desgraciadamente vemos en muchas, muchísimas jóvenes, no pensaban sino en adornarse, brillar y hacer alarde por todas partes del lujo y riqueza que poseian.

Hemos creido necesaria esta digresion, á fin de que el lector conozca los personajes de esta verídica historia, en el momento de empezar su narracion, síntesis de otras muchas que pasan en el mundo, y que contribuyen á que ésta no sea mejor de lo que es.

IV

Al entrar en casa los hermanos se separaron. Luisa se fué á su cuarto, Eduardo á mudarse de traje, y Cecilia, algo intranquila,

y sin poderse dar razon de ello, se dirigió á la habitacion de su madre. El dia estaba nublado, y su pálida luz reflejaba sobre el cuarto; los objetos que contenia parecian tristes y frios cual si fuesen compañeros de sus alegrías y dolores... ¿De dónde procede que estos objetos inanimados parecen reproducir en su fisonomía todos los sentimientos, y hasta los pensamientos de sus dueños?... ¿Quién podria sostener que el interior de un cuarto es el mismo ántes que después de una desgracia?...

Muchas veces los salones que Cecilia atravesaba se hallaban solos y silenciosos, pero ahora ese silencio tenía un carácter frío... ó de amenaza; de tal modo, que experimentando la jóven, sin darse cuenta de ello, una influencia que no podia apreciar, evitó el ruido de sus pasos, contuvo su respiracion, y llegó temblando á una de las antesalas del cuarto que su mamá habitaba con frecuencia.

Cecilia oyó la voz grave y sonora de su tia, y sin cuidarse de la indiscreta accion que cometia, se dejó caer sobre una butaca que estaba cerca de la puerta... y escuchó.

—Sí, hermana mia, lo que pasa en casa es una clarísima prueba de la bondad de Dios, por lo que ya le he dado gracias en mis oraciones.

—¡Oh, Marta, Marta!—exclamaba la señora de Gil, cuya voz era interrumpida por sus continuados sollozos.

—Sin ese acontecimiento tus hijos se hubiesen perdido, perdido en cuerpo y alma. Prueba, pues, á Dios que eres cristiana de hecho, y no á la manera de cuando ibas á pedirle fastuosamente, en grande, rica y numerosa compañía.

—¡Oh!... No puedo... La desgracia es tan grande... ¡Pobres hijos míos!...

—Para ellos esa desgracia será fecunda en grandes resultados.

—¡Oh! Calla... ¿Quieres que me regocije al ver á mi familia enteramente perdida, á esos desgraciados niños sin esperanza en lo porvenir, sin otra perspectiva que la más cruel de las privaciones, y sosteniendo encarnizada lucha para llegar á satisfacer las más precisas y perentorias necesidades de la vida?

—Si así fuera,—respondió Marta,—entonces sería, hasta cierto punto, excusable llorar sobre su destino; pero bien sabes que *no es así*. La Providencia, tan sabia como justa, les hiere únicamente para arrebatárles lo que en otro caso hubiera sido causa de su perdicion; es decir, la ociosidad y el lujo... Bien sabes que ni ellos ni tú os veis reducidos á la

miseria. Vamos, hermana mia, contempla, no lo que pierdes, sino lo que te queda, y da gracias á Dios.

—¡Si hubieses querido, Marta!... Si tú te hubieses prestado...

—¿A qué?... ¿A entregar el resto de mi fortuna? ¿Y qué hubiese logrado mi hermano? ¿Evitar la terrible necesidad de liquidar? ¿Y eres tú la que insistes, tú, madre de tus hijos?... Creía, Hortensia, haberte demostrado suficientemente la imposibilidad de adoptar semejante partido. Si mi hermano lo propuso, sería porque era un medio, y acaso por complacerte, pero él mismo no tenía seguridad en el recurso. Tú creerás que es mi fortuna lo que defiende,—añadió Marta con súbita indignación,—pero he perdido la mitad en sus especulaciones, sin que me hayais oído pronunciar una palabra; ¿ni qué me importa, cuando no tengo necesidad de lo superfluo?... ¿No comprendes que si resisto á tus súplicas es por conservar algo á tus hijos, para que cuando la tempestad haya cesado reconstruyan su modo de vivir?... Méns suntuoso, es verdad, pero será el resultado de su laboriosidad, la mayor ó menor recompensa de sus esfuerzos.

—Pero ¿cómo decírselo?... ¿Ni á qué enseñarles ahora...

—Diciéndoselo... Ya debería haberse hecho.

—No puedo... no tengo valor.

—Preciso será que yo me encargue de ello,—dijo Marta tirando del cordón de la campanilla.

A seguida se presenta una doncella, y la tía dice:

—Cuando las señoritas y Eduardo hayan vuelto, diles que vengan.

—Ya están en casa.

—Pues aquí espero.

La doncella atravesó el gabinete, y al salir por la otra puerta y separar el portier, lanzó un grito de espanto. Cecilia estaba allí desmayada é impedía el paso. Marta y su madre corrieron al sitio en donde ésta se hallaba, la trasladaron al gabinete, y mientras aspiraba un bote de sales y la criada acababa de cumplir la orden, Marta dijo á su cuñada:

—Al ménos ésta lo sabe todo.

Luisa y Eduardo atribuyeron á ese accidente el llamamiento que se les hacía, y corrieron á ver á su hermana, que se hallaba sollozando y en brazos de su mamá.

—¿Qué pasa? ¿Qué sucede?—pregantó Eduardo al entrar.

La tía, que se paseaba de uno á otro extremo del salón, se detuvo y dijo á su sobrino:

—Eso no es nada, y no es su indisposición el único motivo de mi llamamiento. Este desmayo no es una causa... es un efecto que vais pronto á conocer.

Y haciendo una seña, Marta se llevó á su cuarto á los dos sobrinos. Les mandó sentarse y se colocó entre ellos.

—Hijos míos,—les dijo en tono dulce y afectuoso,—tengo que apelar á vuestro valor y á vuestra edad. Es preciso resistir una desgracia que encontrareis espantosa, pero que sólo lo es en apariencia. Vuestro padre está arruinado. Tenía comprometida toda su fortuna en un gran negocio, éste ha fallado, y le ha sido preciso liquidar.

Eduardo profirió una exclamación desesperada. Luisa quedó aterrorizada.

—Consolaos,—añadió Marta,—porque no podrá decirse que un Gil ha perjudicado á nadie en un céntimo. Se pagará á todo el mundo... aunque no quedase nada.

Eduardo inclinó la cabeza y empezó á llorar.

—Vamos, Eduardo, que así no es como proceden los hombres. Te creía lleno de energía, al ménos con la bastante para ser el apoyo de tu madre y el consuelo de tus hermanas, y te presentas más débil aún que ellas.

—¡Oh! Tía mia, ¿qué va á ser de nosotros?

—Gracias á Dios, no conoceréis la miseria.

—Pero ¿por qué liquida mi padre?—replicó Eduardo.—Hábil y activo como es, ¿no podría vencer esa crisis?

—Quizá,—contestó la tía, que empezaba á oír en boca del hijo las razones de la madre;—pero aparte de lo eventual que eso es, ya no puede arriesgarse sin comprometerse más y concluir con vuestros últimos recursos, y en este caso la liquidación se convertiría en una bancarota desastrosa.

—¿Pero aún nos queda algo?—preguntó Eduardo, levantando bruscamente la cabeza.

—Sí, puesto que conservo una parte de mi fortuna.

—¡Dios mío!... ¿Qué será de nosotros?

—¡Por eso fueron vendidos los caballos!—dijo Luisa.—Por eso esa odiosa Fanny estuvo tan impertinente! ¡Por eso nos recibieron tan mal en casa de Domingo!

—Sí, hijos míos, y para evitar esas y otras humillaciones, puesto que el mundo guarda únicamente consideración á la fortuna que se posee, abandonaremos la corte.

—¡Abandonar Madrid!—exclamó Eduardo gimiendo.

—Dejaremos Madrid,—replicó Marta con firmeza y resolución.—Eso será un bien para todos. Eduardo, aquí llegarías á ser un ente inútil, nulo, el hazme reir de muchos necios; acaso la ociosidad que tanto te agrada, y ya te domina, te pervirtiera ó te elevase, desde ese género de placeres que empiezan por ser costosos, á los que terminan por ser despreciables y villanos. ¿Y tus hermanas?... ¡Oh! Tus hermanas, acaso... acaso mujeres de mundo... y siempre incapaces de dirigir una casa, de educar sus hijos, de cumplir ni uno de sus deberes cerca de Dios y de su familia.

—¡Oh! Tía mia, ya cumplimos con nuestros deberes religiosos.

—¡Ya lo creo! Pero esa mundana y egoísta religión que practicáis no es bastante. ¡Orad! La oración, en verdad, es un consuelo. Amar á los que sufren, ayudarles y socorrerles sacrificando algunos gustos propios de la vanidad es bueno, muy bueno; pero cuando se hace sin verdadera caridad, sin humildad ni tolerancia, aunque sea con frecuencia, eso no es cumplir con los *deberes religiosos*. ¡Ah, hijos míos! No es tan fácil como se cree el cumplir con esa clase de deberes... Señoras de gran tono los reducen á la observancia de algunas prácticas minuciosas y de pura exterioridad... ¡Pobres señoras!

—¿Y adónde vamos á ir?—preguntó Eduardo.

—Á mi casa de campo.

—¡Al campo para siempre!—exclamó Luisa sollozando.

—Así no tendremos dos casas, y fiad en mi experiencia, hijos míos. La perspectiva de una residencia continua en el campo es más espantosa de lejos que de cerca.

—¿Y mi padre? La inacción le matará.

—No, no tengas cuidado; será labrador.

—¿Y yo?

—¿Tú, Eduardo? ¡Tú! Espero en Dios que serás empleado en una estación telegráfica.

—¿En Madrid?—preguntó vivamente y con una especie de halagüeña esperanza.

—¡Oh! No, en un pueblo pequeño, próximo á nuestra casa, con un modesto sueldo, pero que podrá aumentarse si te aplicas y trabajas con afán. Ahora te convencerás, hijo mío, que no era por el solo gusto de contrariarte por lo que te he suplicado tantas veces que eligieses una profesión. No has hecho caso, y al presentarse el desastre te encuentras desarmado. Pues bien, ante todo, es necesario ganar la vida. En tu desgracia tendrás el

consuelo de que tus padres y hermanas no sufrirán las angustias de la miseria. Si les falta al lujo, al que todos dais la importancia de que carece, al ménos no sufrirán sensibles privaciones. Ahora volved al lado de mamá y de Cecilia, referidles los detalles que acabais de oír; pero tened valor, no aumenteis sus penas con el espectáculo de vuestros tristes pensamientos... inútiles ya, porque no evitan la desgracia que á todos nos alcanza. Con vuestra unión y ayuda soportareis y aún dominareis el infortunio, y sobre todo acordaos mucho de Dios, que así reparté el bien como remedia el mal. Con *el trabajo* lograreis que vuestro porvenir sea aún más halagüeño que el que esperábais ocupar anteriormente. Adios; voy á ver papá.

La entrevista de la madre con sus hijos no tuvo el carácter animoso que Marta deseaba; no fué sino un cambio de palabras cortadas, una serie de lamentos, una explosión de amarga pena, y no faltó mucho para que la infeliz mamá imputase á Marta parte de la responsabilidad de cuanto pasaba; no la acusó de *haber podido y no querido* salvarles, pero se condolía de que pudiendo hacer algo no se hubiese prestado á ello voluntariamente.

Es una verdad palmaria la de que, por desgraciado que un hombre sea, no llora siempre, y ménos constantemente. Luisa fué la primera que se serenó, manifestando en su semblante la necesidad de cambiar el curso de sus pensamientos.

—Quizá será ménos repugnante la vida del campo de lo que creemos, y con una hermosa casa...

—¡Una hermosa casa!—exclamó la mamá con cierta amargura.—Conozco esa habitación, la vi á poco de mi casamiento; es vieja, y su distribución fatal. Varias piezas que ni enladrilladas están; tiene un inmenso corral y un jardín bueno para criados; sillas de madera vieja, cortinas de algodón...

Y los hijos lloraban al oír á su madre.

—Pero en fin,—replicó Luisa,—resuelta á concluir aquella triste escena y considerando la situación por su mejor aspecto,—me parece que si llevamos nuestros muebles, los bronces, la tapicería, los sillones y demás cosas, podremos hacer agradable esa casa, por antigua y fea que sea.

—Sí, sí, ni áun ese consuelo nos queda,—dijo la mamá.—Esta casa se ha vendido amueblada. Marta dice que allí tenemos muebles; que el transporte ascendería á una gran suma;

que no necesitamos sino algunas de esas frioleras que usamos constantemente, y algunos muebles de los más antiguos, feos y de ménos valor... y eso porque son recuerdos de familia.

—No lo comprendo, mamá,—dijo Cecilia;—¿por qué habeis seguido tan ciegamente la voluntad y órdenes de mi tia? ¿No sois dueños de hacer lo que mejor os parezca?

—No, hija mia, no; en lo sucesivo dependemos de mi cuñada; además del mobiliario se venden también...

—¿Qué?—preguntaron los tres hijos á la vez.

—¡Mis alhajas, mis pendientes y trajes, menos uno, el más antiguo!... ¡Ya se ve, es un recordol!...

La pobre madre siguió exhalando quejas y suspiros por mucho tiempo; más *niña* aún que sus hijas, no se le alcanzó dar á sus pensamientos una dirección más oportuna, ni se le ocurrió, ni podía ocurrírsele, el que sus hijos diesen gracias á Dios por la misericordia y benevolencia con que los trataba, puesto que al herirles, aún les permitía salud y recursos bastantes para ponerse al abrigo de la miseria; ni les dijo una palabra del agradecimiento que debían á la tia que, á haberla atendido y escuchado y seguido en la prosperidad, no hubiesen llegado á tan fatal extremo, al paso que en la desgracia era su bienhechora, el único apoyo que les quedaba; la imagen, en fin, de la Providencia que, acudiendo á sus necesidades, velaba sobre todos y cada uno de ellos.

El señor de Gil sentía abandonar la profesión que tanto había amado y tan felices resultados le había dado; pero sufría más, mucho más por los disgustos que pasaba, y aún por la desesperación en que yacía sumida su familia, que por sí mismo.

En uno de esos momentos en que el corazón, herido por el dolor, se espantanea y se presenta leal, ingenuo y con toda claridad, confesó que estaba muy cansado del peso, cada día mayor, que había venido soportando; que el lujo y las perniciosas costumbres de su familia habían consumido sumas con las que, seguramente, hubiese evitado las desgracias que sufrían actualmente.

—Fatigado por un trabajo excesivo,—añadía,—siempre meditando nuevas operaciones para cubrir los gastos, ya me sentía incapaz de sostener tan encarnizada lucha; hacía tiempo que mi salud había empezado á resentirse por exceso de fatiga y de inquietud; hubiera sucumbido al dolor.

—Pues bendita sea tu desgracia,—dijo Marta,—puesto que ella te há de dar el reposo y la salud que necesitas.

Los últimos acontecimientos que acompañan á la partida de una familia que rompe brusca y violentamente con el pasado, son siempre dolorosos; ¡es tan triste y penoso abandonar cuanto se conoce, renunciar á cuanto satisface el gusto, separarse de aquello que más se ama, despedirse del mundo conocido para lanzarse en pos de otro nuevo y desconocido, ahogar sus atenciones, sus ideas, sus aspiraciones y esperanzas, en una palabra, cuanto acumulado insensiblemente y en su conjunto representa simpatías y recuerdos, tan gratos y queridos!... ¡Oh! Los que no han pasado por este trance, no conocen ni pueden conocer lo que es, lo que vale y lo que esto representa en la vida.

Al siguiente día de esta desgracia, la familia se reunió como de costumbre en el comedor; pero comió por pura forma lo que los criados, aún no despedidos, le presentaron. Marta había salido á las seis de la mañana para el Escorial, en donde tenía una amiga que iba á reunirse con su hija en Andalucía. Con tal motivo pudo disponer de su habitación por unos días, y allí llevó á su cuñada y sobrinas acompañadas de Ambrosina. Volvió á Madrid para consolar y acompañar á su hermano, y dirigir el embalaje de los efectos que se llevaban. Era, como se ve, la Providencia de aquella comun desgracia.

Todos los efectos inútiles fueron vendidos, inclusa la plata cincelada y elegante que tanto había figurado en las grandes comidas dadas por el banquero, pues, como decía Marta, en el campo tenían la antigua y maciza plata de sus padres. Quince días después el señor de Gil se encontraba con su familia en el Escorial, en ese panteón de las grandezas humanas, y á poco tiempo tomaron el tren para Castilla, no sin que al partir madre é hijos se asomasen á las ventanillas del coche para dirigir furtivamente sus últimas miradas hacia Madrid, hacia ese centro de vida, de placer, de indiferencia y movimiento á la vez... Puesto en marcha el tren, Madrid se alejaba... aquel desgraciado suceso era un hecho consumado.

D. ALCALDE PRIETO.

(Continuará.)

WILHELM MEISTER

PRIMERA PARTE

AÑOS DE APRENDIZAJE

Libro cuarto.

(Continuacion.)

—Eso no es aún más que un rumor, les dijo; ¡y cuántos semejantes no corren durante la guerra! Las personas razonables dicen que el hecho es inverosímil, casi imposible. ¿Debemos decidirnos en un asunto tan importante con sujeción á noticias inciertas? La ruta que el conde nos ha trazado, y que marca nuestro pasaporte, es la más corta, y en ella hallamos los caminos en mejor estado. Ella nos conduce á la ciudad, en que hallareis conocidos y amigos, y en donde esperais ser bien recibidos. El rodeo que proponeis también nos lleva allí; ¡pero en qué malos caminos nos mete y cuánto nos aleja! ¿Podemos esperar salir felizmente de él en esta estación, ya adelantada? ¡Y qué de tiempo y dinero despilfarraremos durante este tiempo!

Aún dijo otras muchas cosas, y presentó el asunto bajo tan ventajosos aspectos, que los temores disminuyeron y su valor llevó la ventaja. Les elogió tanto la disciplina de las tropas regulares, les demostró el poco caso que debía hacerse de los merodeadores y de la canalla que va en busca de botín, les representó hasta el peligro como tan atractivo y tan alegre, que los espíritus se serenaron.

Desde el principio, Laertes se habia puesto de su parte, y juró que no queria ni dudar ni flaquear; el viejo actor expresó su pensamiento á su manera; Filina se burló de todo el mundo, y la señora de Melina, que apesar de su avanzado estado de preñez no habia perdido su firmeza natural, halló heroico el proyecto. Melina, que esperaba realizar economías siguiendo el camino más corto, no hizo oposicion alguna, y se adoptó con entusiasmo la proposicion.

Pusiéronse entónces á hacer, á todo evento, sus preparativos de defensa. Compráronse grandes cuchillos de caza, que se colgaron al costado de tahalies bordados. Guillermo se puso además en la cintura un par de pistolas de bolsillo; Laertes ya tenía un buen fusil, y se pusieron en camino alegremente.

TOMO XIV.

El segundo dia, los conductores, que conocian bien el país, propusieron hacer el alto de mediodía en una meseta cubierta de árboles, porque la aldea vecina aún estaba distante, y en los dias claros se tomaba con gusto aquel camino.

El tiempo era hermoso, y todos adoptaron la proposicion. Guillermo tomó la delantera á pié, á traves de la montaña, dejando estupefactos por su extraño atavío á los pasajeros que le encontraban. Andaba con paso rápido y alegre por entre los bosques. Laertes le seguia mirando; sólo las mujeres se hacian llevar en los coches. Linda corria igualmente á su lado, orgullosa por su cuchillo, que no le habian podido negar cuando se armó la compañía. Habia enrollado á su sombrero el collar de perlas, única reliquia que Guillermo conservara de Mariana. El rubio Federico llevaba el fusil de Laertes; el arpista tenía el más pacífico aspecto del mundo. Habíase atado su larga barba á la cintura para andar más cómodamente. Apoyábase en un baston nudoso; su instrumento se habia quedado en el coche.

Cuando, no sin esfuerzo, hubieron alcanzado la cima, reconocieron de seguida el sitio indicado, por las hermosas hayas que le rodeaban y daban sombra. Un gran claro de suave pendiente invitaba á detenerse allí; un manantial orlado de verdor ofrecia el más agradable refresco, y por la otra parte, á traves de los barrancos y de las pobladas cimas, apercibiase perspectiva lejana y llena de promesas; habia aldeas y molinos en el valle, una pequeña ciudad en la llanura, y nuevas montañas, que surgian de más léjos aún, hacian más atractiva todavía esta perspectiva, dulcificando su fondo.

Los que primero llegaron tomaron posesion del paraje; estableciéronse á la sombra, encendieron lumbre, y esperaron, cantando y haciendo estos preparativos, al resto de la sociedad, que llegó sucesivamente, y saludó unánime aquel sitio encantador, aquel tiempo magnífico y aquella comarca indescriptiblemente bella.

CAPÍTULO V.

Si con frecuencia habian pasado juntos buenas y alegres horas entre cuatro paredes, sintiéronse naturalmente más animados en este sitio, donde la franca extension del cielo y la belleza del lugar parecian purificar los corazones. Todos se sentian más unidos,

todos deseaban pasar la vida en agradable mansion. Envidiaban á los cazadores, á los carboneros, á los leñadores, á todas esas gentes á quienes su estado fija en estas felices moradas. Elogiábase sobre todo la seductora existencia de las bandas de *tsiganes*. Envidiábase á esos extraños compañeros en su divina ociosidad, llamados á contemplar los encantos pintorescos de la naturaleza; felicitábanse por semejarse á ellos en algunos puntos.

En el ínterin, las mujeres se pusieron á cocer patatas, á descargar y preparar las viandas. Varias marmitas estaban colocadas alrededor del fuego; la comitiva habia acampado por grupos bajo los árboles y los matorrales. Su vestimenta caprichosa y su armamento variado les daban aspecto extraño. Los caballos comian helecho aparte, y á haberse podido ocultar los coches, el aspecto de esta pequeña banda hubiera causado una ilusion casi novelesca.

Guillermo gozaba un placer que no conocia aún; podia figurarse una colonia errante, de quien fuese jefe. Conversaba en este sentido con todos, y procuraba describir la ilusion de este momento con todos los encantos de la poesía. Los sentimientos de la sociedad se exaltaron; se comió, se bebió, diéronse gritos de alegría, repitiendo mil veces que nunca habian pasado ratos semejantes.

Habiendo alcanzado la alegría toda su plenitud, se despertó en los jóvenes la necesidad de ejercicio. Guillermo y Laertes cogieron sus floretes, y empezaron un asalto con intencion teatral; querian figurar el duelo en que Hamlet y su adversario encuentran un fin tan trágico. Los dos amigos estaban persuadidos de que en esta escena importante no bastaba con tirar torpemente al azar, como es costumbre en el teatro; querian demostrar la posibilidad de dar en la representacion un espectáculo que satisfaga aún al que conoce la esgrima. Hízose un círculo en su derredor: ellos luchaban con calor y destreza; el interes de los espectadores crecia á cada asalto.

De repente se oyó una detonacion entre los matorrales próximos; luégo, casi de seguida, otra, y la sociedad asustada se dispersó. Pronto vieron á un tropel de hombres armados que se dirigian al lugar en que los caballos comian el pienso, no léjos de los coches y de los bagajes.

Un grito general salió del pecho de las mujeres; nuestros héroes arrojaron sus flo-

retes, echaron mano á sus pistolas, se precipitaron sobre los bandidos y les pidieron, amenazándoles, cuenta de su ataque.

Como se les respondiera lacónicamente con dos mosquetazos, Guillermo descargó su pistola contra una cabeza crespa que habia escalado un coche y cortaba las correas de los equipajes. El hombre habia sido herido y cayó al punto. Laertes tambien habia apuntado bien, y los dos amigos alentados sacaron sus cuchillos, miéntras parte de la banda se echó sobre ellos jurando y dando alaridos, les disparó algunos tiros y los amenazó, sable en mano, con castigarles por su audacia. Nuestros jóvenes héroes se portaron bravamente; llamaron en su ayuda al resto de la compañía, exhortándola á combatir por el pro comun. Mas pronto Guillermo no vió nada más, y perdió el sentimiento de lo que sucedia. Aturdido por un balazo que le habia dado entre el pecho y el brazo izquierdo, y por un sablazo que le hendió el sombrero y penetró hasta el cráneo, cayó, y sólo más tarde supo el término desgraciado de este ataque.

Cuando volvió á abrir los ojos, se encontró en la más extraña de las situaciones. El primer objeto que notó á traves de la niebla que aún se extendia sobre sus ojos, fué el rostro de Filina que se inclinaba hacia el suyo. Sintióse débil, y haciendo un movimiento por levantarse, tropezó con las rodillas de Filina, sobre las que permaneció apoyado. Ella estaba sentada en el césped, estrechando suavemente la cabeza del joven, que estaba echado delante de ella, y al que hacia cama de sus brazos. Linda, con los cabellos ensangrentados y en desórden, estaba arrodillada á sus piés, y los estrechaba derramando abundantes lágrimas.

Cuando vió sus ropas tintas en sangre, preguntó con voz apagada en dónde se hallaba, y qué les habia sucedido á él y á los demas. Filina le rogó que estuviese quieto.

—Los demas, le dijo, están seguros, y nadie está herido más que vos y Laertes.

No quiso decirle más, y le suplicó encarecidamente que no se menease, porque su herida habia sido mal curada y á la ligera. Dió él la mano á Linda, y preguntó por qué los cabellos de la niña estaban manchados de sangre, creyéndola herida igualmente.

Filina le refirió, á fin de tranquilizarle, que aquella valiente criatura, al ver herido á su amigo, no sabiendo qué hacer en su precipitacion para restañar la sangre, habia co-

gido sus propios cabellos que flotaban sobre su cuello para tapar la herida, pero que pronto tuvo que renunciar á este medio insuficiente. Luégo le habian curado con *agaric* y musgo, y Filina habia dado su fichú para esta operacion.

Guillermo notó que Filina estaba recostada en su baul, que parecia cerrado é intacto. Preguntóle si los demas habian sido tan felices, y si habian podido salvar su equipaje. Ella le respondió encogiéndose de hombros y echando una mirada sobre el prado donde yacian en confuso desórden las cajas rotas, los cofres forzados, los sacos de viaje despedazados, y una infinidad de objetos insignificantes acá y allá lanzados. Nadie se veia, y este grupo extraño se encontraba abandonado en aquel desierto.

Cada vez se enteraba Guillermo de más de lo que hubiera querido saber sobre el particular. Los demas hombres, que aún hubieran podido resistir algo, se asustaron pronto y fueron vencidos; unos habian huido, los demas habian contemplado con espanto este desastre. Los conductores, que resistian con más terquedad á causa de sus caballos, fueron derribados y agarrotados, y en algunos instantes todo fué saqueado y robado. Los infortunados viajeros, que no tenian que temer ya por su vida, se pusieron á llorar sus pérdidas; fuéronse á toda prisa á la aldea próxima, llevando consigo á Laertes herido, y sólo algunos restos de sus efectos. El arpista habia apoyado su roto instrumento en un árbol, y dirigióse con ellos á la aldea, para buscar allí un cirujano, y procurar todos los socorros posibles á su bienhechor, abandonado por muerto.

CAPÍTULO VI.

Nuestros tres desgraciados compañeros permanecieron aún bastante tiempo en tan extraña situacion; nadie venia á socorrerles. Llegó el crepúsculo; pronto cerraria la noche; la tranquilidad de Filina empezaba ya á trocarse en inquietud; Linda corria de aquí para allá, y la impaciencia de la niña iba siempre en aumento. Al fin cumpliése su voto y algunos hombres se acercaron; pero ellas se sintieron acometidas de nuevo espanto. Oian distintamente un tropel de caballos que subian por el camino que ellas habian seguido, y temieron que fuese una nue-

va compañía de aquellos huéspedes importunos, que venia á visitar el campo de batalla y rebuscar despues de los otros.

Mas fué agradable su sorpresa cuando apercibieron que salia del tallar una mujer jóven montada en un caballo blanco, acompañada por un hombre de edad, y algunos jinetes, picadores, criados y un destacamento de húsares les seguian.

Filina, toda absorta por esta aparicion, estaba á punto de llamarla y de implorar ayuda á la bella amazona, pero ya esta dama habia fijado sus asombradas miradas en aquel grupo singular; llevó su caballo á ellos y se detuvo. Se informó con vivacidad del estado del herido, cuya postura sobre las rodillas de la ligera Samaritana pareció sorprenderla en alto grado.

—¿Es vuestro marido? preguntó á Filina.

—Sólo es un amigo íntimo, respondió ella con un tono que disgustó á Guillermo.

Su mirada se habia fijado en el rostro dulce, distinguido, tranquilo y compasivo de la extranjera; parecíale no haber visto nunca nada tan noble y tan amable. Una larga capa de hombre ocultaba su talle: sin duda la habia tomado de sus compañeros para preservarse del frio de la noche.

Los jinetes se habian acercado igualmente; algunos se bajaron del caballo; la dama hizo otro tanto, y se informó compasiva de todos los detalles de la desgracia acaecida á los viajeros, y sobre todo, de la herida del jóven tendido ante ella. Luégo se volvió vivamente y se dirigió con el señor anciano hacia los coches que subian lentamente la loma, y se detuvieron en el campo de batalla.

La jóven dama estuvo algunos instantes en la portezuela de una de las carrozas para conversar con uno de los reciénllegados; se apeó un hombre rechoncho, á quien ella condujo al lado de nuestro héroe. En el cofrecillo que llevaba en la mano y en su bolsa de cuero llena de instrumentos, adivinábase luégo á un cirujano. Sus maneras eran más bien rudas que amables, pero su mano era ligera y sus cuidados bien llegados.

Sondeó cuidadosamente la llaga, declaró que ninguna de las heridas era peligrosa, que iba á curarlas en el instante, y luégo se podría trasportar al enfermo á la aldea más cercana.

La inquietud de la jóven dama parecia aumentar.

—¡Mirad, decia, agitándose en todos sentidos, y llevando allí al señor anciano, mirad

cómo le han tratado! ¿Y no sufre por nosotros?

Guillermo oyó estas palabras sin comprenderlas. Ella iba y venía con agitación. Parecía que no podía cesar de mirar al herido, y que al mismo tiempo temía faltar á las conveniencias quedándose allí mientras empezaban á desnudarle con mucho trabajo. El cirujano hallábase ocupado en cortar la manga izquierda, cuando el señor anciano se acercó á ella y le hizo presente con grave tono la necesidad de continuar su camino. Guillermo habia vuelto los ojos hacia ella, y de tal suerte estaba cautivado por su mirada, que apenas sentía lo que él hacían.

Filina se habia levantado á besar la mano de la noble dama. Estaban de pié una al lado de otra; nuestro amigo creyó no haber encontrado nunca parecido contraste. Filina no se le habia aparecido aún bajo un aspecto tan desfavorable. No debia, segun su opinion, acercarse á una criatura tan noble, ni ménos aún tocarla.

La dama hizo diversas preguntas á Filina, pero muy bajo. Finalmente, se volvió al anciano que permanecía á su lado, siempre grave, y le dijo: «Querido tío, ¿me atreveré á ser generosa á vuestras expensas?» Al mismo tiempo se quitó la capa, seguramente con la intencion de dársela al pobre mozo herido y mal abrigado.

Guillermo, á quien sólo su mirada salvadora habia cautivado hasta entónces, quedó todo sorprendido por su noble estatura, cuando ella se quitó la capa. Aproximóse y extendió suavemente el abrigo sobre él. En el momento en que abria la boca para balbucear algunas palabras de agradecimiento, la impresion producida por su presencia obró tan violenta y tan extrañamente en sus ya conmovidos sentidos, que creyó ver que de repente surgian rayos en torno á la cabeza de la noble dama, y que una luz brillante se extendia por grados sobre toda su persona. Al mismo tiempo sufrió un dolor violento; el cirujano empezaba á extraer la bala que se habia quedado en la herida. La santa desaparición á los ojos de nuestro amigo desvanecido; perdió por completo el sentido, y cuando volvió en sí, jinetes y coches, la bella dama y su escolta, todo habia desaparecido.

CAPÍTULO VII.

Luégo que nuestro amigo estuvo curado y vestido, se retiró el cirujano, en el momento mismo en que el arpista volvía, seguido por

cierto número de aldeanos. Muy presto construyeron éstos unas parihuelas con ramas y ramaje entrelazado; colocaron en ellas al herido, y le bajaron lentamente por la montaña, bajo la custodia de un guarda de á caballo que los viajeros les habian dejado. El arpista, silencioso y soñador, llevaba su instrumento roto; algunos aldeanos habíanse encargado del cofre de Filina; ésta andaba lentamente detras, también con su carga; Linda corria ya adelante, ya á los lados, por el bosque y los matorrales, y miraba tiernamente á su protector herido.

Este, envuelto en la capa, estaba tranquilamente tendido en las parihuelas. Un calor eléctrico parecia comunicar á su cuerpo la fina tela; en una palabra, experimentaba una sensacion de indefinible dulzura. La bella dama que le habia dado aquel abrigo, habia obrado poderosamente sobre él. Veia caer aún la capa de sus hombros, su noble figura ceñida de rayos, en pié delante de él, y su alma corria por los bosques y las rocas tras las huellas de la bella desaparecida.

Cerraba la noche cuando la comitiva llegó á la aldea, á la puerta de la posada donde se hallaba el resto de la compañía, deplorando desesperada sus irreparables pérdidas. El único saloncito de la casa rebosaba de gente; unos estaban acostados sobre paja, otros se habian apoderado de camas; algunos se estrechaban tras la estufa; la señora de Melina esperaba angustiada su parto. El miedo habia adelantado el momento, y ninguna ayuda podia esperarse de la huéspeda, mujer jóven y sin experiencia.

Cuando los reciénllegados pidieron que se les dejara entrar, se levantó un murmullo general. Pretendíase que sólo por consejo de Guillermo y bajo su propia responsabilidad se habia seguido aquel peligroso camino, y expuéstose á aquella desgracia. Echábanle la culpa de aquel funesto suceso; le negaron la entrada gritándole que podia buscar su albergue en otra parte. Más indignamente aún trataron á Filina. El arpista y Linda tampoco fueron olvidados.

El guarda, á quien su bella ama habia recomendado muy expresamente que cuidara de los pobres abandonados, no tardó en impacientarse por aquella querrela; se abrió paso á través del tropel, jurando y amenazando, les mandó retirarse y hacer sitio á los reciénllegados. Empezaron á calmarse. Arregló para Guillermo una cama sobre una mesa, que colocó en un rincon; Filina mandó

poner su cofre al lado, y se sentó encima. Cada uno se estrechó como pudo, y el guarda salió para ver de hallar un más cómodo alojamiento á la jóven pareja.

Apénas salió, cuando el descontento estalló más fuerte que ántes; los reproches se sucedían sin interrupcion. Todos contaban y exageraban sus pérdidas; maldecían la temeridad que habia causado todas aquellas desgracias, y no ocultaban la ruin alegría que sentían al ver herido á nuestro amigo; zaherian á Filina, imputándole como crimen la destreza que habia tenido para salvar su baul. De su burla y de sus epigramas es fuerza deducir que, durante la refriega y el pillaje, se habia esforzado por enternecer al jefe de la banda, y le habia decidido (¿quién sabe por qué artificios y cuáles complacencias?) á devolverle su cofre intacto. Pretendian que habia estado ausente del campo de batalla algun tiempo. Filina nada respondia; contentábase con hacer resonar el fuerte candado de su baul, para penetrar bien á sus envidiosos de que allí le tenía siempre, y aumentar la desesperacion de la compañía con la vista de su propia dicha.

CAPÍTULO VIII.

Aunque debilitado Guillermo por la cantidad de sangre que perdía, y ya más tranquilo é indulgente, gracias á la aparicion del ángel caritativo, no pudo al fin dejar de indignarse por las murmuraciones groseras é injustas que la reunion, envalentonada con su silencio, no cesaba de repetir. En fin, sintió fuerza bastante para incorporarse y reprocharles la maldad con que maltrataban á su amigo, á su guía. Levantó su cabeza ceñida de vendajes, recostóse trabajosamente en la pared, y les habló de esta suerte:

—El dolor que cada cual experimenta por sus pérdidas, háceme perdonaros las ofensas que me inferis en un momento en que debierais compadecerme, y el que me rechaceis y me arrojeis la vez primera que necesito de vuestra ayuda. En cambio de los servicios que os he prestado, de las complacencias de que usado para con vosotros, me he creído bastante recompensado hasta el presente con vuestro reconocimiento y amistosa conducta; no me apureis la paciencia; no obligueis á mi corazon á que se arrepienta, á que recapacite lo que por vosotros he hecho; esta conducta sólo me causaria dolor. La ca-

sualidad me ha juntado á vosotros, las circunstancias y una inclinacion secreta me han tenido á vuestro lado; he tomado parte en vuestros trabajos y en vuestras alegrías; mis débiles conocimientos estaban enteramente á vuestro servicio. Ahora me imputais del más amargo modo la desgracia que nos ha herido. ¿No recordais, pues, que la primera idea de tomar este camino os viene de extraños, que ha sido examinado por vosotros todos, y por cada uno de vosotros aprobado tan bien como por mí? Si nuestro viaje se hubiera llevado á feliz término, todos se felicitarían de la buena idea que habian tenido al aconsejar ese camino, al haberle preferido; recordara con alegría nuestras deliberaciones y su voto. Ahora me haceis único responsable; arrojais sobre mí una falta con la que cargaria voluntariamente si mi conciencia no estuviera perfectamente limpia, y si no pudiera apelar de ello á vosotros mismos. Si alguna cosa teneis que decir contra mí, hacedlo en regla, que yo sabré defenderme; si nada fundado teneis que reprocharme, callaos, y no me atormenteis ahora que tanto necesito de descanso.

Por toda respuesta, las mujeres se echaron á llorar y á describir su pérdida en detalle; Melina estaba enteramente fuera de sí, porque sin duda habia perdido más que los demas, y más de lo que podemos imaginarnos. Zañqueaba como un furioso la estrecha sala, se daba de cabezadas contra la pared, juraba y votaba del más inconveniente modo; en este momento la huéspeda salió del gabinete, anunciándole que su mujer acababa de dar á luz un niño muerto; permitióse él entónces las más violentas invectivas, y todos con él se dieron á aullar, gritar, gruñir y echar pestes.

Guillermo, conmovido hasta el fondo del alma, y al propio tiempo tocado de compasion por su estado y de indignacion por sus innobles sentimientos, sintió renacer todas las fuerzas de su alma apesar de la debilidad de su cuerpo.

—¡A punto estoy de despreciaros, exclamó, por dignos de lástima que seais! La desgracia no disculpa nunca el agobiar con reproches á un inocente. Si tengo participacion en este funesto paso, tambien la tengo en los sufrimientos. Estoy aquí tedindo, herido, y si la compañía ha perdido mucho, yo soy quien ha perdido más. Todo el guardarropa robado, las decoraciones destruidas, todo eso era mio; pues vos, señor Melina, aún no me

habeis pagado, y aqui os doy por relevado de esa obligacion.

—¡Valiente regalo me haceis, exclamó Melina, de cosas que nunca volveremos á ver! Vuestro dinero estaba en el cofre de mi mujer, y culpa vuestra es si lo habeis perdido. Pero si no fuera más que eso...

Y se puso á patalear, á jurar y á gritar. Cada cual recordaba los hermosos vestidos procedentes del guardarropa del conde, las hebillas, los relojes, las tabaqueras, los sombreros que Melina había comprado tan baratos al ayuda de cámara. Cada cual repasaba en su memoria sus particulares tesoros, por miserables que fueran; miraban de soslayo con despecho el cofre de Filina, y daban á entender á Guillermo que en verdad no había hecho mal en asociarse á aquella hermosa, y en aprovecharse de su felicidad para salvar sus asuntos.

—¿Acaso creéis, exclamó al fin, que yo tendré algo mio, en tanto que á vosotros os falte lo necesario, y será ésta la vez primera que yo comparta con vosotros un momento de escasez? ¡Abrase el cofre, y aquello que es mio, lo consagro á las necesidades públicas!

—El cofre es mio, dijo Filina, y no lo abriré sino cuando ello me plazca. Un par de mudas que me habeis confiado no producirian gran cosa, así se vendieran al judío más honrado. Pensad en vos, en lo que costará vuestra curacion y en lo que puede sobrevenir en país extraño.

—No me lo impedireis, Filina, replicó Guillermo; aquello que es mio, y esos cuatro objetos, nos sacarán del primer atolladero. Que á falta de especies sonantes, el hombre posee aún muchas riquezas para socorrer á sus amigos. Todo cuanto sea mio, debe ser consagrado á esos desgraciados, que se arrepentirán ciertamente de su conducta presente cuando vuelvan en sí. Sí, continuó, conozco que os hallais menesterosos, y cuanto pueda hacer por vosotros, lo haré. Devolvedme vuestra confianza, calmaos por el momento, aceptad lo que os prometo. ¿Quién quiere recibir mi palabra en nombre de todos?

A estas palabras alargó la mano, y exclamó:

—Prometo no separarme de vosotros, no abandonaros ántes de que cada uno vea reparada su pérdida en un doble y en un triple, hasta que hayais olvidado completamente el estado en que os encontrais, sea el culpable de ello quienquiera, y lo hayais cambiado por otro más dichoso.

Alargaba siempre la mano, y nadie que ria estrechársela.

—Lo prometo nuevamente, exclamó cayendo sobre la almohada.

Nadie se movió; estaban humillados, pero no consolados; y Filina, sentada en su baul, cascaba unas nueces que se había encontrado en el bolsillo.

CAPÍTULO IX.

El guarda volvió con algunos aldeanos, y se preparó á llevarse al herido. Había decidido al pastor del lugar á recibir la joven pareja. Lleváronse el cofre de Filina, que seguía con aire distraído. Linda corria delante. Cuando el enfermo llegó al presbiterio, diéronle un ancho lecho nupcial, desde largo tiempo destinado á servir de lecho de honor y de hospitalidad.

Sólo entónces notaron que la herida se había abierto de nuevo y desangrádose abundantemente. Fué necesario establecer un nuevo vendaje. El enfermo fué atacado por la fiebre, Filina le veló fielmente, y cuando la venció la fatiga, el arpista la relevó. Linda, apesar de su firme propósito de velar también, se había dormido en un rincón.

A la mañana del siguiente día Guillermo, ya un poco repuesto, supo por el guarda que los señores que les habían socorrido la víspera, habían abandonado sus tierras hacia poco para huir de los movimientos de las tropas y retirarse hasta la paz á una comarca más tranquila. Dióle el nombre del viejo señor y de su sobrina, designó el lugar adonde primeramente se dirigian, y explicó á Guillermo cómo le había recomendado la joven dama que tuviera cuidado de los abandonados viajeros.

La entrada del cirujano interrumpió las gracias que Guillermo prodigaba al guarda; el hombre de arte hizo una detallada descripción de las heridas, asegurando que pronto estarían curadas, si el enfermo estaba quieto y se cuidaba.

Luégo que el guarda se marchó, Filina refirió que le había dejado una bolsa con veinte luises de oro, había hecho un regalo al pastor por el precio del hospedaje, y había puesto en sus manos los honorarios del cirujano; que ella pasaba por mujer de Guillermo, que en tal concepto se establecía de una vez á su lado, y que no consentiría que buscara á otra persona para cuidarle.

—Filina, le dijo Guillermo, el desgraciado

suceso que nos ha herido, me ha constituido en vuestro deudor por gran suma de agradecimiento, y deseo no ver aumentarse mis obligaciones para con vos. Estaré intranquilo en tanto que esteis á mi lado, porque no sé con qué os he de recompensar vuestros cuidados. Dadme las prendas mías que habeis salvado en vuestro cofre; juntaos á la compañía, buscad otro alojamiento, aceptad mi agradecimiento y mi reloj de oro, débil testimonio de mi gratitud, pero dejadme; vuestra presencia me turba más de lo que creéis.

Cuando acabó de hablar él, ella se le rió en las barbas.

—Estás loco, le dijo, y nunca serás razonable. Mejor que tú sé yo lo que necesitas; me quedaré, no me menearé del sitio; en cuanto á la gratitud de los hombres, nunca he contado con ella, ni con la tuya ni con la de los demas; y si yo te amo, ¿qué te importa?

Se quedó, y pronto se granjeó las simpatías del pastor y de toda su familia, estando siempre alegre, sabiendo hacer un presente, dirigir á cada cual una frase de su agrado, y á la par de esto haciendo cuanto queria. Guillermo no seguía mal; el cirujano, hombre ignorante, pero no torpe, dejaba obrar á la naturaleza, y pronto estuvo el enfermo en vías de curacion. Deseaba ardientemente verse levantado, á fin de poder proseguir sus planes y sus deseos.

Sin cesar se recordaba la circunstancia que habia producido en su alma una impresion indeleble: veía salir del tallar á la bella amazona á caballo; se acercaba á él, echaba pié á tierra, iba y venía y tenía cuidado de él. Veía caer de sus hombros la capa que los envolvía, luégo desaparecer el esplendor de su rostro y de su persona. Sus sueños de la juventud venían á unirse á esta imágen; imaginaba haber visto con sus propios ojos á la noble y heroica Clorinda; acordábase del hijo del rey enfermo y de la bella y compasiva princesa que se acercaba á su lecho silenciosa y modesta.

—No es posible, se decía con frecuencia á sí mismo, que en la juventud, á la manera que en el sueño, las nubes del tiempo por venir vengan á cernerse á nuestro alrededor, y se manifiesten bajo la forma de presentimientos á nuestros aún inocentes ojos. El germen de aquello que nos sucede, ¿no ha sido sembrado ya por la mano del destino? ¿No existe un goce anticipado de los frutos que esperamos recoger más tarde?

Su estado le procuraba la satisfaccion de recordar mil veces esta escena. Mil veces recordó el acento de aquella dulce voz; ¡y cuánto envidiaba á Filina que habia besado aquella mano caritativa! Con frecuencia le parecia que toda esta historia no habia sido más que un sueño; hubiérala echado á cuento, si la capa no hubiera estado allí para afirmarle la realidad de la aparicion.

A los excesivos cuidados que tenía con aquel vestido, añádase el más vivo deseo por cubrirse con él. Desde que se levantó, echóselo sobre los hombros, y todo el dia temió el verle echado á perder por una mancha ó de otro cualquier modo.

CAPÍTULO X.

Laertes vino á ver á su amigo. No se habia hallado presente á la violenta escena de la posada, porque estaba acostado en un aposento del piso superior. Hallábase consolado por entero de sus pérdidas, gracias á su estribillo acostumbrado: «¡Qué importa!» Refería diversos rasgos ridículos de la compañía; queria mal, sobre todo, á la señora de Melina; ésta no lloraba la pérdida de su hija sino tan sólo por no haber podido gozar de la satisfaccion germánica de hacer bautizar una Matilde. Por lo que hace á su marido, descubriase ahora que habia tenido mucho dinero, y que no hubiera tenido necesidad alguna de los anticipos que habia sacado á Guillermo. Melina queria marcharse en la primera diligencia y pedir á Guillermo una carta para su amigo el director Serlo, en cuya compañía esperaba contratarse, ya que su empresa propia se habia malogrado.

Hacía ya algunos dias que Linda estaba silenciosa; y como la instaran, confesó que tenía desconcertado el brazo derecho. «Tu temeridad te ha causado eso», le dijo Filina; y refirió que la niña habia sacado su cuchillo de caza durante el combate, y viendo á su amigo en peligro, habia acometido atrevidamente á los bandidos; que por último la habian cogido por el brazo y tirádola á tierra. Riñéronla por no haber confesado ántes su mal; pero vieron que tenía miedo al cirujano, quien hasta entónces la habia tenido por muchacho. Ocupáronse en curarla, y tuvo que llevar el brazo en cabestrillo. Esto la afectó tanto más, por cuanto se vió obligada á dejar á su amiga Filina la mayor parte de los cuidados y guarda de Guillermo, y la

simpática pecadora no se mostraba por esto ménos activa y afectuosa.

Una mañana, al despertarse, se encontró Guillermo singularmente unido á ella. En la agitacion de su sueño, habíase deslizado enteramente en el fondo de su ancho lecho. Filina estaba tendida de traves en la cabecera; al parecer se habia sentado en la cama y dormídose leyendo; el libro se le habia caido de las manos; estaba echada hacia atras; su cabeza muy próxima al pecho de Guillermo, sobre el que se habia desparramado en oleadas su rubia cabellera. El desórden de su sueño revelaba sus encantos más que el arte y la compostura. Una calma infantil y risueña revoloteaba sobre su rostro. Él la contempló algunos instantes, y parecia reprocharse el placer que sentia al mirarla; y no sabemos si bendijo ó maldijo su estado, que le obligaban á la calma y á la moderacion.

GÖETHE.

(Continuará.)

MISCELÁNEA

TEATROS.

El Real, el templo de la ópera en Madrid, ha inaugurado ya su temporada, presentando el local bastante reformado, y una compañía bastante buena, pero desigual. Las obras hechas en el decorado no han satisfecho por regla general al público, pero debemos salvar la responsabilidad del arquitecto encargado, que no ha hecho más que proyectar y dirigir, y que ha tenido que renunciar á muchas de sus indicaciones y proyectos, por falta de tiempo en los encargados de las obras, y por la necesidad que éstos últimos han tenido de ceñirse á límites determinados en la importancia de las reformas.

La compañía es buena y ha gustado bastante al público en la obra de Meyerbeer, *Los Hugonotes*. Otro dia empezaremos á juzgar á los artistas; hoy no es posible hacerlo despues de una sola audicion. La gran adquisicion del teatro es la del maestro Faccio, que hoy es quizá el primer director de orquesta que existe. Le juzgaremos con más despacio, y daremos cuenta de las importantes reformas que ha introducido en la colocacion de la orquesta. El afan del público ha sido tal por concurrir á las primeras funciones, que sólo despues de gran lucha hemos podido adquirir una localidad para una sola funcion, y eso de los revendedores, porque del despacho nadie ha podido conseguirlo.

—El Teatro de la Zarzuela arrastra una existencia lánguida y triste que hace presagiar peores dias. Las butacas casi desocupadas, los palcos medio llenos, las galerías desiertas y los artistas desanimados; éste es

el espectáculo que casi todas las noches presenta el teatro, regido por una empresa que ni sabe ni puede levantarlo de la postracion en que yace. Mientras tanto, se quejan los compositores, se quejan los libretistas, ponen el grito en el cielo los artistas y los dependientes del teatro; todos vaticinan con razon el próximo fin del género de la zarzuela y la desaparicion de un teatro que, bien organizado, podia dar satisfaccion á los grandes intereses líricos teatrales de España; pero nadie hace nada, cada cual se limita á exponer sus temores, y la Zarzuela continúa agonizando. Despues del gran éxito de *¡Tierral!*, de Campo-Arana y Llanos, y del fracaso de *Tigre de mar*, de cuyos sucesos dimos cuenta en el último número, la empresa ha tenido que acudir al repertorio. ¡Pobre Zarzuela!

—El Teatro Español, más afortunado que el lírico, porque en medio de todo hay ménos intransigencias y más union entre los literatos que entre los músicos, que es cuanto se puede decir, ha estrenado esta semana un drama en tres actos y en verso, de los señores Santibañez y Echevarría, titulado *El ejemplo*. El éxito no ha podido ser más satisfactorio.

Los autores hubieron de salir ocho veces, llamados por el público, á recibir aplausos al final de los actos segundo y tercero, y no salieron en el primero, porque quisieron guardar más tiempo el incógnito. La obra tiene brillantísimas situaciones dramáticas, y está galanamente versificada.

La ejecucion de *El ejemplo* no fué perfecta ni mucho ménos. Especialmente Rafael Calvo dejó mucho que desear, porque no comprendió el carácter ni aún la edad del personaje que representaba, y estuvo por lo tanto fuera de situacion y de propiedad. Estuvo mucho mejor su hermano D. Ricardo, que desempeñó un papel muy simpático. Quien hizo su papel bien, muy bien, y mereció en alto grado los aplausos del público, fué Donato Jimenez.

—En el Teatro de Apolo ha verificado su presentacion en esta temporada la distinguida é inspirada actriz doña Felipa Diaz, que ha salido con la comedia de Ayala *El tanto por ciento*. Aplausos, flores y coronas, y sobre todo esos murmullos que arranca la verdadera admiracion, constituyeron el premio de la Sra. Diaz, que hoy es una de las principales sostenedoras de las glorias del arte en España.

El Sr. Morales debe estar satisfecho de la compañía que ha reunido, y con la cual se llama al público, indudablemente, como lo demuestran todas las noches las localidades del teatro.

—La Comedia, despues de *La paciencia de Job*, está poniendo obras de repertorio, mientras termina los ensayos de las obras nuevas que está preparando, entre las cuales hay dos de Eusebio Blasco.

—Eslava, Variedades, Recreo y Martin continúan dando obras de poca importancia para el público especial que acude á estos teatros.